

FUENTES

ABBA ZÓSIMA: CAPÍTULOS MUY ÚTILES¹

Introducción

*Abba Zósima*² fue contemporáneo de san Doroteo de Gaza (+ 565), aunque probablemente mayor que él. Así nos lo muestra un pasaje de las *Conferencias* de este último:

«Un día *abba Zósima* hablaba acerca de la humildad, y un sofista que se encontraba allí, oyendo sus palabras, quiso saber el sentido exacto: “Dime, le dijo, ¿cómo puedes creerte pecador? ¿No sabes que eres santo, que posees virtudes? ¡Bien ves que practicas los mandamientos! ¿Cómo, en esas condiciones, te puedes creer pecador?”. El anciano, no encontrando una

¹ Introducción, traducción y notas de Enrique Contreras, osb (Abadía Santa María, Los Toldos, Argentina).

² En griego: *Zosimās*. En castellano es posible encontrar las formas Zosima (sin el acento), o Zosimas.

respuesta para darle le dijo: “No sé cómo decírtelo, ¡pero es así!”. El sofista le insistía para que le diera una explicación. Pero el anciano, no encontrando cómo exponerle la cuestión, se puso a decir con santa simplicidad: “¡No me atormentes!; yo sé muy bien que es así”. Viendo que el anciano no sabía qué responder le dije: “¿No es acaso como sucede en la sofística y en la medicina? Cuando conocemos bien esas artes y las ponemos en práctica, vamos adquiriendo, poco a poco, por ese ejercicio mismo, una suerte de ‘habitus’ de médico o de sofista. Nadie podría decir ni sabría explicar cómo le vino ese ‘habitus’. Como dije, poco a poco e inconscientemente, el alma lo adquiere por el ejercicio de su arte. Lo mismo podemos pensar acerca de la humildad: de la práctica de los mandamientos nace una disposición de humildad, que no se puede explicar con palabras”. Al escuchar esto, *abba Zósima* se llenó de alegría y me abrazó diciendo: “Has encontrado la explicación. Es como tú lo has dicho”. En tanto el sofista quedó satisfecho y admitió también el razonamiento»³.

Evagrio Escolástico (+ hacia 594), en su *Historia Eclesiástica*, nos alcanza algunas otras indicaciones, que nos ayudan a ampliar nuestros escasos datos sobre la vida de *abba Zósima*:

“Un cierto Zósima, fenicio de origen, de la llamada región costera, a quien habíale tocado por suerte nacer⁴ en la ciudad de Sínde, a menos de veinte estadios⁵ de Tiro, luchando en la vida solitaria, por su forma de abstenerse y de tomar los alimentos, y por las demás virtudes de su vida, había puesto a Dios de tal modo en su interior, que no solo veía el futuro, sino que también había alcanzado la completa *apatehía*. Él solía visitar a uno de los hombres sabios de la ciudad de Cesarea, que presidía una de las Palestinas, de nombre Arcesilao⁶, varón de noble

³ Doroteo de Gaza, *Conferencia* 2,36; SCh 92, pp. 200-202; trad., p. 92. En la bibliografía se encontrarán las referencias completas de las obras y las abreviaturas utilizadas.

⁴ Lit.: a quien la suerte le había dado por patria.

⁵ Alrededor de 4 kms.

⁶ Solo lo conocemos por esta mención de la *Historia Eclesiástica* (cf. SCh 566, p. 89, nota 5).

nacimiento e insigne, quien felizmente había alcanzado honores y otros ornamentos de la vida humana. Ahora bien, este Zósima en la hora misma de la caída de Antioquía fue presa de una violenta tristeza, lanzó profundos gemidos y derramó tal cantidad de lágrimas que la tierra se empapó de ellas. Pidió al mismo tiempo un incensario y, después de incensar todo el lugar donde se encontraban, se postró en tierra para apaciguar a Dios con oraciones y súplicas.

Después, como Arcesilao le preguntó de dónde procedía semejante perturbación, le respondió que claramente había oído el ruido del terremoto, por el cual Antioquía había sido sacudida.

Arcesilao y los demás que estaban presentes, sobrecogidos, anotaron la hora, y después reconocieron que era la misma en que Zósima lo había dado a conocer. Por su intermedio tuvieron lugar numerosos signos, e hizo tantos que, no pudiendo contarlos todos, solo narraré algunos⁷.

En su noticia, Evagrio nos informa, lo que también veremos confirmado por el mismo *abba* Zósima, que procedía de un pueblo cercano a Tiro, en Fenicia.

La gran catástrofe, que ocurrió en Antioquía, tuvo lugar en el mes de mayo del año 525 ó 526. Los ciudadanos quedaron sepultados bajo los escombros. Únicamente permanecieron en pie las casas situadas cerca de la montaña. Los restantes edificios fueron completamente destruidos. El incendio tras el terremoto consumió la Gran Iglesia (como era llamada la antigua iglesia octogonal de Antioquía) y las casas que habían quedado en pie. Hubo unas 250.000 muertes. Las réplicas duraron 18 meses⁸.

⁷ Evagrio Escolástico, *Historia Eclesiástica*, IV,7; SCh 566, pp. 88-91.

⁸ Cf. Juan Malalas (+ hacia 578), *Chronographia*, 17,16; trad.: *Chronicle of John Malalas*, Melbourne, Australian Association for Byzantine Studies, 1986, pp. 238-240 (Byzantina

A continuación, Evagrio narra dos milagros de Zósima, uno realizado en comunión con Juan de Coziba:

“Floreció al mismo tiempo que Zósima un hombre llamado Juan, que lo igualaba en virtudes. En una mandra situada en Coziba (*Choyziba*) –ubicada en el extremo de un barranco, al norte del gran camino que conduce a los viajeros de Jerusalén a la ciudad de Jericó–, allí, él condujo vida monástica⁹ solitaria; y más tarde fue obispo de la mencionada Cesarea. Este Juan, sabiendo que la mujer de Arcesilao, de quien he hablado, se había pinchado un ojo con una lanzadera de tejedor, fue de prisa a visitarla para examinar la herida; y viendo que la pupila estaba dañada y que todo el ojo se perdía¹⁰, mandó a uno de los médicos traer una esponja y volver a introducir lo que había fluido del mejor modo posible, aplicarle la esponja y fijarla con bandas sobre el ojo; esto en ausencia de Arcesilao”¹¹.

San Juan de Coziba, conocido antes como Juan de Tebas, fue un monje nacido en Egipto entre 440-450. Luego, en torno al año 480, abandonó el monofisismo y se trasladó a Palestina, donde reorganizó la antigua *laura* conocida como Monasterio de Coziba. En el año 516 fue ordenado obispo de Cesarea. Pero pronto retornó a su comunidad, donde murió entre los años 520-530¹².

«Arcesilao estaba entonces con Zósima en su Monasterio de Sinde, aproximadamente a quinientos estadios de la ciudad de Cesarea¹³. Esta triste noticia le fue traída con extrema diligencia. Apenas la recibió,

Australiensia, 4).

⁹ Lit.: inmaterial.

¹⁰ Lit.: se derramaba.

¹¹ Evagrio Escolástico, *Historia Eclesiástica*, IV,7; SCh 566, pp. 90-93.

¹² Cf. PS 25; PG 87,2869 D; *Juan Mosco*, p. 61. Ver SCh 566, pp. 90-91, nota 1.

¹³ Aproximadamente 92 kms.

profirió fuertes gritos y se tiró de los cabellos. Habiendo sabido Zósima de su boca el tema del dolor, se retiró a una celda, donde solía conversar con Dios, y volviendo inmediatamente después, dijo a Arcesilao, riéndose, y tomándolo de la mano: “Vete con ella, se ha curado tu mujer por el mérito de las oraciones del Solitario de Coziba, ve con los dos ojos, y ya no tiene molestias de su herida”. Estos dos Solitarios de alguna manera compartieron este milagro entre ellos»¹⁴.

El segundo milagro, en cambio, nos muestra la peculiar relación de nuestro *abba* con los animales de su entorno:

«El monje Zósima yendo un día a Cesarea y conduciendo un burro, que llevaba su equipaje, se encontró con un león, que le secuestró al burro. Lo siguió hasta un bosque cercano, y cuando el león se hubo comido al burro, le dijo: “Ya no puedo completar mi viaje, porque no soy lo suficientemente joven ni lo suficientemente fuerte para llevar mi equipaje. Así que, si quieres que regrese, debes llevar mi equipaje y renunciar por un tiempo a tu ferocidad natural”. El león se le acercó entonces, y le hizo caricias, con las que pareció ofrecerle su servicio. Zósima puso su equipaje sobre el lomo del león, lo condujo hasta la puerta de Cesarea, y mostró con este ejemplo la sumisión con que todas las criaturas obedecen a los hombres que custodian la gracia de Dios. Muchas otras cosas añadiría sobre este asunto, si el temor de ser demasiado largo, no me obligara a retomar la continuación de mi historia»¹⁵.

Estos dos milagros nos muestran una actitud vital de *abba* Zósima: su compasión hacia toda la creación, tanto seres humanos como animales. En su obra veremos reflejada con claridad esta virtud. Y también la recuerda Doroteo:

¹⁴ Evagrio Escolástico, *Historia Eclesiástica*, IV,7; SCh 566, pp. 92-93.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 92-95.

“Adquiramos la misericordia respecto del prójimo para evitar la terrible maledicencia, el juzgar y el despreciar. Ayudémonos los unos a los otros como a nuestros propios miembros. Si alguien tiene una herida en la mano, en el pie o en otra parte, ¿siente acaso asco de sí mismo? ¿Se corta el miembro enfermo aunque se esté pudriendo? Más bien ¿no lo lavará, limpiará, le pondrá emplastos y vendajes, lo untará con óleo santo, rogará y hará rogar a los santos por él, como dice *abba Zósima*?”¹⁶.

En sus *Capítulos muy útiles*, nuestro biografiado dice que comenzó su vida monástica en Tiro, para luego pasar a Palestina, donde vivió un tiempo en la *laura* de san Gerásimo (+ 475), a orillas del río Jordán:

“Cuando todavía vivía en el monasterio de Tiro, antes de mi partida, nos visitó un anciano muy virtuoso...”¹⁷.

“Durante una corta estadía en la *laura* de *abba* Gerásimo, donde había un hermano que me era querido, me encontré un día con él para dialogar sobre temas edificantes”¹⁸.

La *laura* de san Gerásimo fue fundada después del concilio de Calcedonia (451), en torno al año 455. Por lo que es posible establecer que la actividad de *abba Zósima* se desarrolló principalmente en la segunda mitad del siglo V, y la primera del VI; y que, conforme a la noticia de Evagrio Escolástico, el santo monje vivía todavía en 525-526, cuando el terremoto de Antioquía.

¹⁶ Conferencia 6,77 (SCh 92, p. 282; trad., p. 103). El texto al que alude Doroteo es: *Capítulos* § 6.3.

¹⁷ *Capítulos* § 12.2.

¹⁸ *Capítulos* § 14.3. Sobre la leyenda de san Gerásimo y el león, cf. PS 107; PG 87,2965-2969 (*Juan Mosco*, pp. 127-129).

Otras dos breves noticias hallamos en los *Capítulos muy útiles*. Por la primera nos informamos que Zósima era el superior de una comunidad¹⁹, seguramente en Cesarea de Palestina, o Cesarea Marítima:

“Un día, uno de los hermanos que vivía conmigo y había recibido de mí el hábito monástico, por el cual mucho me había fatigado... Algún tiempo más tarde, él me encontró en Cesarea...”²⁰.

La segunda, nos ofrece dos indicaciones de Zósima, que nos confirman su presencia en Palestina y Jerusalén:

- «Decía asimismo el bienaventurado: “Íbamos de camino, yo, un hermano y unos laicos, sobre la vía de Naplusa...”.
- “En otra ocasión, me encontraba en la Ciudad Santa...”²¹.

Los testimonios aducidos, si bien no nos permiten ofrecer una biografía completa, presentan un marco suficiente para ubicar histórica y geográficamente a *abba Zósima*.

Nació en una población vecina a Tiro, y vivió sus primeros años como monje en esa ciudad. Luego se trasladó a Palestina. Estuvo algún tiempo en la *Laura* de san Gerásimo, a orillas del Jordán. Y más tarde dirigió su propia comunidad en Cesarea de Palestina, o en su cercanía. Fue contemporáneo de Doroteo de Gaza y de Juan de Coziba. Todo apunta, entonces, a confirmar que la mayor parte de su vida transcurrió en regiones próximas a Jerusalén.

¹⁹ Doroteo en una de sus *Conferencias* (2,31; SCh 92, p. 192; trad., p. 88), cita a un monje que hablaba de “Zósima y sus discípulos”.

²⁰ *Capítulos* § 11.2 y 4.

²¹ *Capítulos* § 8.1 y 2.



No podemos establecer con exactitud su fecha de nacimiento, pero hipotéticamente podría ubicarse hacia los años 440-445. Su paso a Palestina se debe colocar después del año 455, estableciéndose en Cesarea. En este lugar fundó un monasterio donde residió hasta su muerte, acaecida después del año 525, ya anciano, con más de ochenta y cinco años.

Los “Capítulos muy útiles”

Un breve elenco de algunos de los principales temas que abordaba Zósima en sus conversaciones o conferencias nos ayudará a aprovechar y gustar el texto que ofrecemos.

El desprendimiento

En varias ocasiones aborda este tópico: al inicio, señalando que no debemos adherirnos a ningún bien material, ya que ni siquiera nuestro propio cuerpo nos pertenece (§ 1).

Luego, en el capítulo seis, refuerza esta enseñanza por medio de la parábola del joyero; éste arroja por la borda su bien máspreciado a fin de salvar la vida, y dice: “Moriré sin llevar nada de este mundo conmigo” (§ 6.1).

Zósima agrega a continuación que no debemos entristecernos por la pérdida de los bienes materiales, sino por la pérdida de “un miembro de Cristo” (§ 6.2).

La renuncia a nuestras más queridas pertenencias es un medio eficaz para engendrar en nosotros entrañas de misericordia, caridad y compasión; y procurarnos la alegría, promoviendo el provecho personal y comunitario (§ 6.4).

La renuncia a los bienes materiales debe ser tal que incluso dejemos a los ladrones llevarse todas nuestras posesiones (§§ 12.2-3 y 13.6).

El desprendimiento de un anciano, que se relata en el capítulo quince, es sin duda paradigmático. No solo perdona al ladrón, sino que lo visita cuando está en la cárcel. Y cuando se entera de que está preso a causa del robo del que él mismo había sido víctima, incluso intercede por su liberación, y la obtiene (§ 15.2).

Este mismo anciano permite también que le sustraigan un manto recién adquirido, mientras estaba pagando su precio (§ 15.3). “Con su conducta mostró que estaba desprendido de todo” (§ 15.4).

Soportar las injurias: el camino de la mansedumbre y de la humildad

La enseñanza y la práctica, tan exigente, de aprender a soportar las contradicciones, sobre todo cuando se traducen en ultrajes, deshonras y maltratos (§ 2.1), no es, en modo alguno, fruto de una técnica de autocontrol. Por el contrario, es una expresión, o debería serlo, de nuestra vivencia de las bienaventuranzas: *Bienaventurados los mansos (o: los humildes), porque ellos verán a Dios* (Mt 5,4. 8; Sal 36 [37],11). Por donde colegimos la relación entre mansedumbre y humildad. El manso debe ser humilde, y el humilde debe ser manso.

Zósima nos propone varios ejemplos de esta exigencia de nuestra vida cristiana. Los enumero sin atenerme al orden de los capítulos:

El primero y más importante es el ejemplo que nos mostró Cristo mismo (§ 5.2).

El segundo, es el del protomártir Esteban, que en su martirio, aceptado con notable mansedumbre, contempló la gloria de Dios (§ 4.1).

El tercero, nos lo ofrece la actitud de san Pacomio, orando con lágrimas al Señor, después de haber sido increpado por su propio hermano (§ 2.2).

El cuarto, nos lo ha dejado Evagrio Póntico, que llama bienhechores a quienes lo denigraban (§ 4.2). Y afirmaba: “Nadie nos dice la verdad, excepto los que nos ofenden” (§ 4.3).

El quinto, es el ejemplo de *abba* Moisés, quien fue atrocemente insultado y nada respondió (§§ 4.6 y 9.1-2).

El sexto, la conducta de *abba* Zósima mismo (§ 11.2-6): “Nosotros, los hombres, no sabemos ni ser amados, ni ser honrados, sino que hemos perdido nuestro buen sentido. Pues si alguien soporta un poco a su hermano cuando éste se encoleriza contra él y lo aflige, este hermano

poco después vuelve en sí y, sabiendo cómo el otro lo soportó, da su vida por él” (§ 11.6).

El séptimo, es el proceder de un santo anciano que, junto con otros monjes, fue insultado por un agricultor (§ 5.4).

La acusación de sí mismo

Este tema, frecuente en las *Conferencias* de Doroteo de Gaza, también lo hallamos en los *Capítulos muy útiles*.

Zósima sostiene que el verdaderamente humilde es el que se acusa y se reprende a sí mismo (§ 4.5):

«El que desea marchar por el camino verdadero y recto, cuando está turbado, se reprende violentamente a sí mismo, se corrige constantemente y dice: “¿Por qué te enloqueces, alma mía? ¿Por qué te turbas como los insensatos? En esto mismo muestras que estás enfermo. Si no estuvieras enfermo no sufrirías. ¿Por qué omites culparte a ti mismo y acusas a tu hermano, que te ha mostrado tu enfermedad en la verdad de los hechos?» (§ 5.2).

El aprendizaje de este modo de proceder es tarea de toda la vida:

«Aunque alguien alcance la edad de Matusalén, si no sigue el camino recto, por el cual han caminado todos los santos, es decir, el camino de la humillación, de los agravios soportados valientemente, no progresa ni poco ni mucho, sino que solo pierde el tiempo» (§ 5.3).

Sin embargo, la prueba más exigente es el paso de sentirnos alabados y muy tenidos en consideración, a soportar injurias, muchas veces denigrantes. Es en tales situaciones cuando Zósima recomienda considerar todo lo poco agradable que nos digan como saludables “medicinas” (§ 12.1):

“En verdad, hay que agradecerlas y considerarlas, si todavía se tienen pasiones, como medicinas que curan las heridas de nuestra alma; y si no se tienen pasiones, como bienhechoras que nos procuran el Reino de los cielos” (§ 21.1).

Un fruto notable del acusarse a sí mismo es el reposo, el descanso que nos procura (§ 14.3). Este reposo va acompañado de un muy valioso regalo: la práctica sincera de la humildad:

«... La humildad sincera dispuso el corazón del hermano que la deseaba de tal manera que no solamente no se escandalizó respecto de lo que (le había dicho) el diácono, ni se llenó de tristeza contra él—al principio, porque sospechaba, después porque no lo podía convencer y, al final, porque no aceptó ser convencido—, sino que incluso se atribuyó a sí mismo la falta; y no solo esto, además también agradeció al diácono» (§ 14.5).

La presente versión

D. Regnault observaba muy atinadamente sobre el texto que ahora ofrecemos:

«Es muy posible que Zósima no haya escrito nada por sí mismo. Al igual que en los *Apotegmas*, sus palabras fueran pronunciadas, pero no escritas por él. En efecto, la mayor parte de los párrafos del opúsculo comienzan en tercera persona y a menudo de la misma forma que las sentencias de los Padres: “Él también decía...”. Sin duda, uno de sus discípulos o admiradores ha recogido lo que decía en sus conferencias y ha transcritto palabras y acciones memorables del anciano. Tal como lo ha señalado el monje Augoustinos, en su prólogo a la edición de Zósima, muchos manuscritos de Moscú, Venecia y Viena llevan el significativo título de: “Capítulos de san Zósima redactados por san Doroteo”»²².

²² *Entretiens*, p. 98.

Por consiguiente, en correspondencia con esta observación, tal vez, el título más adecuado sería: “Conversaciones”. Pero en mi versión he preferido respetar el título del original griego: “*Kephalia*”, capítulos; tomando uno de los posibles sentidos que se pueden asignar a este vocablo: compendio. Estaríamos entonces ante un texto que es el compendio o la síntesis de las enseñanzas orales de *abba* Zósima.

Para la traducción a nuestra lengua se ha tomado como base el texto griego editado por el monje Augoustinos. La división en párrafos y los subtítulos son los de la traducción francesa de D. Regnault. Pero con algún que otro cambio en estos últimos; en tanto que, para los párrafos, en el interno de cada uno se han adoptado números en vez de letras.

Bibliografía

Ediciones

Dialogismoi: PG 78,1679-1702.

PE: Pablo Evergetinos, *Synagogé*, vols. I y II; Atenas 1985.

Capítulos: Kephalaia pany ophelima, ed. del Monje Augoustinos Iordanítes, en *Nea Sion* 12 (1912), pp. 697-701 y 854-865; 13 (1913), pp. 92-100.

Traducciones

Entretiens: Zosime. Entretiens ou Chapitres très utiles. Introduction, traduction et notes par Lucien Regnault, osb, en: *Enseignements des Pères du désert. Hyperéchios, Étienne de Thèbes, Zosime*, Bégrolles-en-Mauges, Abbaye de Bellefontaine, 1991, pp. 95-139 (Col. Spiritualité orientale, 51).

Traducción al inglés: John Chryssavgis, *In the Heart of the Desert. The Spirituality of the Desert Fathers and Mothers*, Bloomington (Indiana, USA), World Wisdom, 2003, pp. 123-149.

Versión latina de la traducción armenia en: *Paterica armeniaca a PP. Melchitaristis latine edita (1855) nunc latine reddita a Louis Leloir. I. Tractatus I-IV*, Louvain, Secrétariat du CorpusSCO, 1974, pp. 60-84 (Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, 353).

Fuentes

Doroteo de Gaza, *Conferencias*; ed. L. Regnault y J. De Préville, SCh 92, Paris, Eds. du Cerf, 1963. Trad. castellana en: *Obras de Doroteo de Gaza. Conferencias, cartas, apotegmas. Introducción y notas: Fernando Rivas, ob, Buenos Aires, ECUAM – Agape Libros, 2019 (Col. Fontes, 14)*. Las referencias envían a esta versión.

HL: Paladio, *Historia Lausiaca*; ed. G. J. M. Bartelink en: *Palladio. La Storia Lausiaca*, Verona, Fondazione Lorenzo Valla - Arnoldo Mondadori Editore, 1974 (Vite dei Santi, II); trad.: *El mundo de los Padres del desierto. La Historia Lausiaca. Versión, Introducción y Notas de León E. Sansegundo Valls*, Sevilla, Apostolado Mariano, 1991. Mis referencias envían al texto griego editado por Bartelink.

Isaías, *Logoi: Abba Isaías. Asceticón*; ed. del texto griego por el Monje Augoustinos, Jerusalén 1911; trad. en: *Ascetikón. Vida y doctrina de los Padres del desierto. Isaías de Gaza* (Ed. cruzgloriosa.org)²³. Mis referencias envían a esta versión.

²³ Cf. *Abba Isaiah of Scetis. Ascetic Discourses. Translated with an Introduction and Notes, by John Chryssavgis and Pachomios (Robert) Penkett*, Kalamazoo, Michigan, Cistercian Publications, 2002 (Cistercian Studies Series, 150).

PS: *El Prado espiritual*: Juan Mosco (+ hacia 619), *El Prado espiritual*, PG 87 III,2851-3112; trad. francesa en SCh 12, Paris, Eds. du Cerf, 1946, pp. 219-220. Trad. castellana en: *Juan Mosco – Leoncio de Neápolis, Historias bizantinas de locura y santidad*, Madrid, Ed. Siruela, 1999 (Biblioteca Medieval Siruela, IV), doy las indicaciones de esta versión, que abrevio: *Juan Mosco*.
SCh: *Sources Chrétiennes*, Paris.

Estudios

Gribomont, Jean, art. *Zozimo* en *Nuovo Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*, Genova – Milano, Marietti 1820, col. 5714.
Salignac, Aimé, art. *Zozime* en *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. 16, Paris, Eds. Beauchesne, 1994, cols. 1658-1659²⁴.
Vailhé, Siméon, *Saint Dorothee et Saint Zosime*, en *Échos d'Orient* 4:6 (1901), pp. 359-363.
Vogüé, Adalbert de, *Histoire littéraire du mouvement monastique dans l'antiquité. Deuxième partie: Le monachisme grec. Vol. 3: du désert de Gaza à Constantinople*, Roma, EOS (Eds. de Sankt Ottilien), 2015, pp. 75-78 (Studia Anselmiana 167).

²⁴ Llama *Alloquia* o *Kephalia* al texto atribuido a Zósima.

Abba Zósima: Capítulos muy útiles

1. Sobre el desprendimiento

1.1. Para comenzar, el bienaventurado Zósima dijo esto, haciéndose primero el signo de la cruz en su boca:

“Al hacerse hombre, el Verbo de Dios ha dado una gracia abundante a quienes han creído y creen en Él. Pues es posible, también ahora, si nosotros lo queremos, creer y comenzar a partir de hoy. Desde que nuestra voluntad lo desea, y con la ayuda de la gracia, es totalmente posible para quien lo quiere, tener por nada el mundo entero”.

1.2. Y tomando lo que encontraba, una brizna de hierba, un pedazo de hilo o cualquier otra cosa sin valor, él decía: “¿Quién por causa de esto pelearía, disputaría, odiaría o se afligiría, salvo que haya perdido totalmente la cordura? Y bien, el hombre de Dios, cuando progresa y avanza, considera el mundo entero como una brizna de hierba, incluso aunque poseyera el universo²⁵. En efecto, como siempre lo he dicho, no es el poseer lo que daña, sino el hecho de poseer con pasión.

1.3. ¿Quién ignora que el cuerpo es el más precioso de todos los bienes que tenemos? ¿Cómo, entonces, es posible que, si las circunstancias lo exigen, nos ordenen despreciarlo²⁶? Y si es así con el cuerpo, ¿cuánto más con las cosas exteriores? Porque, así como

²⁵ Lit.: todo el cosmos.

²⁶ Cf. Mt 18,8. Ver también Mt 5,29-20; Mc 9,43-47.

no conviene tirar sin necesidad las cosas, sin reflexionar o al azar, del mismo modo no conviene arrojarse a sí mismo a la muerte. Esto sería una locura. Más bien hay que esperar el momento, para que se nos encuentre preparados”.

1.4. Y se acordaba de un hermano que poseía un campo de legumbres y decía: «¿Acaso no sembró, trabajó, plantó, cuidó, arrancó y arrojó? Sin embargo, tenía esas legumbres como si no las poseyera. No se inquietó cuando el Anciano, queriendo ponerlo a prueba, comenzó a destrozar las legumbres; no se inmutó, sino que ocultó sus sentimientos. Y cuando quedaba una sola planta, el hermano le dijo: “Si tú quieres, Padre, déjala y preparemos un ágape”. Entonces el santo reconoció que el hermano era un auténtico servidor de Dios, y no (un esclavo) de las legumbres. Y le dijo: “El Espíritu de Dios ha reposado sobre ti, hermano”. Si hubiera poseído las hortalizas con pasión, el hermano habría manifestado inmediatamente su pesar y su turbación. Pero él mostró que las poseía como si no las poseyera»²⁷.

1.5. Él decía que los demonios observaban esto. Y si veían que alguien no tenía pasión por las cosas, porque no se turbaba ni se afligía, sabían que éste, aunque caminaba sobre la tierra, no tenía en sí mismo ningún pensamiento terreno.

²⁷ «Había dos monjes que habitaban en un lugar, y un gran anciano fue a verlos. Y queriendo ponerlos a prueba tomó un bastón y comenzó a destrozar las legumbres de uno (de ellos). Y el hermano viendo esto se escondió. Y como no quedaba más que una planta, le dijo el hermano: “*Abba*, si quieres, déjala para que la pueda cocinar y comeremos juntos”. Y el anciano hizo una *metanía* al hermano diciendo: “A causa de tu paciencia el Espíritu de Dios reposa sobre ti, hermano”» (Apotegma anónimo N 343; *Colección Sistemática Griega* [= CSG], capítulo 16, n. 22; SCh 474, p. 404; trad. en: *El libro de los ancianos. Colección sistemática griega de los Padres y las Madres del desierto*, Munro, Surco Digital, 2022, p. 487). Cf. 1 Co 7,30-31.

2. *Soportar las injurias. Oración de Pacomio*

2.1. También decía: “La voluntad tiene movimientos diversos²⁸. Una voluntad ferviente puede conducir hacia Dios en una hora, lo que, en cambio, no consiguió hacer en cincuenta años una voluntad indolente. Y cuando los demonios ven que alguien que ha sido ultrajado, deshonrado o maltratado, o que sufre cualquier otra cosa, entonces se affige, no porque ha padecido fuertemente, sino porque no ha soportado valientemente ese ataque, entonces los demonios tienen miedo. Saben, en efecto, que esa persona se ha comprometido en el camino de la verdad y quiere marchar conforme a los mandamientos de Dios”.

2.2. Y recordaba a san Pacomio, cuando su hermano mayor lo había reprendido diciendo: “Termina de hacerte el glorioso”, porque quería agrandar el monasterio en virtud del oráculo divino que le había sido transmitido. Y Pacomio, «al oír esto, dice [su *Vida*], se conmovió violentamente, como por una cosa buena²⁹, pero no le respondió nada sino que logró controlar el corazón. Por la noche descendió a una pequeña caverna y empezó a llorar. En su oración decía: “Oh Dios, todavía el deseo de la carne está en mí, todavía vivo según la carne, ¡pobre de mí! Voy a morir, como está escrito³⁰. Tanto tiempo que hago ascesis y custodio el corazón, y de nuevo soy arrebatado por la cólera, aunque sea por algo bueno. Ten piedad de mí, Señor, que no sea llevado a la perdición. Porque si el enemigo encuentra un lugar en mí, si no me fortaleces, caeré en sus manos.

²⁸ Lit.: los impulsos de la voluntad tienen movimientos diversos.

²⁹ Parece resonar en esta frase el texto de Mt 21,12 ss. (paralelos) y, sobre todo, el de Mc 3,5 (“miránolos con ira”).

³⁰ Cf. Rm 8,6. 12-13.

Pues si alguien observa toda tu Ley, pero tropieza en un solo punto, será culpable por transgredirla toda³¹. Sin embargo, creo que si tus numerosas misericordias me auxilian, aprenderé finalmente el camino de los santos, lanzándome hacia adelante³². Ellos, en efecto, humillaron como es necesario al enemigo. ¿Y cómo enseñaré, Señor, a los que llamas a elegir esta vida, si antes yo mismo no me he vencido?”. Después que hizo esta oración, permaneció toda la noche diciendo las mismas palabras con llanto, hasta que el día comenzó a brillar. Y por el tanto sudor —era verano y el lugar ardía—, el suelo bajo sus pies estaba como barro³³.

2.3. Y el bienaventurado, lleno de admiración, decía: “¿Acaso sus lágrimas eran medidas³⁴? ¿Cómo Dios no concederá a semejante voluntad todos sus beneficios? Yo estoy convencido que, esa misma noche, Dios le otorgó todo lo que pedía, es decir, morir a todo [deseo carnal]”.

3. *Los remedios enviados por Jesús*

3.1. Zósima decía: «Si alguien concibe resentimiento contra el que lo aflige, le hace daño, lo calumnia o le hace algún mal, si urde pensamientos contra él, prepara una trampa contra su propia alma, como (harían) los demonios. En efecto, te bastas a ti mismo para urdir una trampa. ¿Qué digo: urdir? Si no recuerda a esa persona como un

³¹ Cf. St 2,10.

³² Cf. Flp 3,13.

³³ *Primera Vida Griega de san Pacomio* §§ 15-16; Ed. F. Halkin, *Sancti Pachomii Vitae Graecae*, Bruxelles, Société des Bollandistes, 1932, p. 10 (Subsidia hagiographica, 19); trad. en: *San Pacomio y sus discípulos*, Munro, Surco Digital, 2021, pp. 135-136.

³⁴ Lit.: tenían medida. Cf. Sal 79 (80),6.

médico, se hace a sí mismo la más grande injusticia. ¿Qué tienes que decir sobre el sufrimiento? Esa persona te purifica. Y debes acordarte de él como de un médico que te ha sido enviado por Cristo. Tú le debes el sufrir por su nombre³⁵, y debes considerarlo como un bienhechor.

3.2. Pero si no te apartas de la maldad, ni deseas ser apartado de ella, el Señor Dios es inocente. Y el hecho mismo de sufrir es lo propio de un alma enferma. Si no estuvieras enfermo, no sufrirías. Debes, entonces, estar agradecido a tu hermano, porque gracias a él conoces tu enfermedad. Debes, además, recibir lo que tu hermano te hace como remedios saludables enviados por Jesús. Pero si, no solamente no das gracias, sino que también tramas pensamientos contra tu hermano, con toda tu fuerza le dices a Jesús: “No quiero ser curado por ti; no quiero recibir tus remedios; quiero pudrirme en mis heridas, quiero someterme a los demonios”. ¿Y qué podrá hacer entonces el Señor? Porque nuestro Señor es bueno: Él nos concede, para curar nuestras maldades, sus santos mandamientos, que las purifican como un cauterio y como purgantes. Y aquel que quiere y desea ser curado, necesariamente debe, para sanar, soportar lo que le prescribe el médico. En efecto, el enfermo no ama ni la amputación, ni la cauterización, ni las purgas. Las mira con disgusto. Pero al mismo tiempo se persuade que sin todo esto es imposible escapar de la enfermedad. Además, se abandona al médico, seguro de que un poco de disgusto le libra de todos los malos humores y de una larga enfermedad.

³⁵ Cf. Hch 9,16.

3.3. El cauterio de Jesús te hace padecer. Pero te libra del deseo insaciable, si lo soportas valientemente. Si no lo soportas, te tratas injustamente a ti mismo. No acuses a tu hermano. Pero nosotros, olvidándonos de culparnos a nosotros mismos en la prueba, rechazamos el remedio ofrecido por Cristo, y como necios nos ponemos a tramarnos pensamientos contra los bienhechores».

4. La utilidad de las pruebas y de las humillaciones

4.1. Zósima decía: «Quita los pensamientos y nadie será santo»³⁶. Quien huye de una tentación útil, huye de la vida eterna. En efecto, uno de los santos decía: «¿Quién ha procurado a los santos mártires esas coronas, si no sus jueces? ¿Quién concedió a san Esteban contemplar una gloria tan grande, sino los que lo lapidaron?».

4.2. Y Zósima citaba siempre el pasaje de Evagrio: «Yo no les hago reproches a aquellos que me denigran; sino que incluso los llamo bienhechores»³⁷. «Y no rechazo al médico de las almas, que administra un remedio de humillación a un alma vanidosa. Temo

³⁶ «Dijo *abba* Antonio: “El que no ha sido tentado no puede entrar en el Reino de los cielos. En efecto, suprime las tentaciones y nadie se salvará” (Antonio 5; PG 65,77 A: *Colección Alfabética Griega* [= CAG]; trad. en: *Los apotegmas de las Madres y los Padres del desierto. Colección alfabética griega*, Munro, Surco Digital, 2021, p. 23); cf. Apotegma anónimo N 595: «Dijo un anciano: “Quita las tentaciones y nadie se salvará, pues quien huye de la tentación provechosa, huye de la vida eterna. Son, en efecto, las tentaciones las que procuran las coronas a los santos”» (trad. en: *Les sentences des Pères du désert. Série de anonymes*, Sablé-sur-Sarthe – Bégrolles-en-Mauges, Solesmes – Bellefontaine, 1985, p. 231 [Spiritualité orientales, 43]). Ver asimismo Evagrio 5; PG 65,176 A; trad. cit., p. 76.

³⁷ Evagrio Pónico, *Carta* 52; ed. W. Frankenberg, *Evagrius Ponticus*, Berlin, Weidmannsche Buchhandlung, 1912, pp. 600-601 (Abhandlungen der königlichen Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, Philologisch - Historische Klasse, Neu Folge. Band XIII. Nro. 2).

que se le diga a mi alma: ‘Hemos querido curar a Babilonia y no quiso ser sanada’ (Jr 28 [51],9)”³⁸.

4.3. Y él agregaba: «Evagrio temía que Cristo lo acusara y le dijera: “Evagrio, estás enfermo de vanagloria y yo te he administrado un remedio de humillación para purificarte, pero tú no te has curado”. Aprendamos esto: nadie nos dice la verdad, excepto los que nos ofenden».

4.4. Y Zósima también decía: «El Señor sabe, Él, “que escruta los corazones y los riñones” (Sal 7,10)³⁹, que incluso si todos los hombres alaban y exaltan todo lo que yo hago, esto merece reproches, vergüenza y salivazos. Y si ellos dicen: “Tú has hecho esto”, yo respondo: “¿Qué he hecho de bueno?”. Pues nadie me miente, a no ser los que me alaban y me exaltan; y nadie dice la verdad, como ya lo he afirmado, excepto los que me insultan y desprecian. E incluso no dicen toda la verdad, pues si pudieran ver no digo el océano de mis pecados, sino una sola parte, se apartarían de mi alma como uno se aparta de un pantano o del mal olor o de un espíritu impuro. Y si los cuerpos de los hombres se hicieran lenguas para injuriarnos, estoy convencido de que nadie estaría en condición de expresar nuestra infamia. Porque, en cierta forma, aquel que injuria e insulta dice una parte, pero no puede decir todo. Si el justo Job dijo: “Estoy lleno de deshonra” (Jb 10,15; cf. 6,3), y lo que está lleno ya no puede recibir nada más, ¿qué diremos nosotros, que somos un océano repleto de toda clase de males? El diablo nos ha humillado por cada uno de nuestros pecados⁴⁰. Y debemos estar

³⁸ Evagrio Pónico, *Carta 51*; ed cit. en la nota precedente, pp. 598-599. La cita de Jr corresponde al cap. 28 en la LXX, y al cap. 51 en el texto hebreo.

³⁹ Cf. Sal 25 (26),2; Jr 17,10; 20,12.

⁴⁰ Lit.: en todos nuestros pecados.

agradecidos por nuestra humillación, pues los que están agradecidos por sus humillaciones pisan al diablo. Y como decían los santos Padres: “Cuando la humildad es abajada hasta el hades, se eleva hasta el cielo; y si el orgullo se exalta hasta el cielo es abajado hasta el hades”⁴¹.

4.5. Zósima decía: «¿Quién podrá alguna vez convencer al humilde para que trame pensamientos contra alguien, o incluso que, sin examen, se censure a alguien o se acuse a alguno⁴²? En efecto, todo lo que sufre o escucha el humilde deviene para él una ocasión de acusarse a sí mismo y despreciarse».

4.6. Y recordaba lo sucedido a *abba* Moisés, cuando los clérigos lo echaron del santuario diciéndole: “Vete, etíope”, y él comenzó a reprenderse diciendo: “Escoria, negro, está bien que esto te suceda, ¿por qué, no siendo un hombre, vienes entre los hombres?”⁴³».

⁴¹ Cf. Apotegma N 381; CSG cap. 15, n. 97; SCh 474, pp. 346-348; trad. cit., pp. 446-447: «Un hermano interrogó a un anciano diciendo: “¿Qué es el progreso del hombre según Dios?”. Dijo el anciano: “El progreso del hombre es la humildad. Puesto que cuanto más se humilla el hombre, tanto más es conducido hacia el progreso (cf. Mt 23,12)”».

⁴² Esta última frase (desde “o incluso”), Augoustinos la coloca en nota.

⁴³ CAG Moisés 3 y 4; PG 65,284 AB: «En una reunión en Escete, queriendo probarlo, los Padres lo despreciaron diciendo: “¿Por qué viene este etíope con nosotros?”. Él lo oyó y calló. Después que se fueron todos, le preguntaron: “Padre, ¿no te turbaste nada?”. Les dijo: “Me turbé, pero no hablé” (Sal 76 [77],5)».

«Decían acerca de *abba* Moisés que fue ordenado clérigo, y le impusieron el humeral. El arzobispo, entonces, le dijo: “Te has vuelto blanco, *abba* Moisés”. El anciano respondió: “Exteriormente sí, Señor Papa; ojalá fuera así en lo interior”. Quiso el arzobispo probarlo y dijo a los clérigos: “Cuando entre *abba* Moisés al santuario, expúsenlo y síganlo para oír lo que dice”. Entró el anciano y lo increparon y expulsaron diciendo: “Retírate, etíope”. Al retirarse se decía a sí mismo: “Te han hecho bien a ti, hombre de piel cenicienta, negro. Tú que no eres hombre, ¿qué has venido a hacer entre los hombres?”» (trad. cit., pp. 179-180).

El camino verdadero y recto de Cristo y de los santos

5.1. También decía: «Cualquier cosa que le suceda al humilde, de inmediato se vuelca a la oración y considera a todos los hombres como bienhechores. Pero nosotros, después de habernos apartado del camino de la verdad y de la conducta de los santos, queremos abrirnos un camino según nuestros malos deseos. Sin embargo, qué más fácil que escuchar a este maestro santo y experimentado, *abba* Ammonas, diciendo: “Ten especial cuidado de guardar silencio cuando alguien te aflige en cualquier asunto que sea, nada absolutamente digas en tanto que tu corazón no se haya apaciguado por la oración ininterrumpida, y entonces exhorta a tu hermano”⁴⁴.

5.2. El que desea marchar por el camino verdadero y recto, cuando está turbado, se reprende violentamente a sí mismo, se corrige constantemente y dice: “¿Por qué te enloqueces, alma mía? ¿Por qué te turbas como los insensatos⁴⁵?”. En esto mismo muestras que estás enfermo. Si no estuvieras enfermo no sufrirías. ¿Por qué omites culparte a ti mismo y acusas a tu hermano, que te ha mostrado tu enfermedad en la verdad de los hechos⁴⁶? Aprende los mandamientos de Cristo,

⁴⁴ Cf. Ammonas, *Instrucciones. Diecinueve exhortaciones*, 12: “Ten cuidado de mantenerte en silencio cuando alguna cosa te aflige, y si te sobreviene un motivo de dolor o de cólera, no digas nada más allá de lo conveniente, hasta tanto tu corazón se haya apaciguado por medio de una oración continua, solamente entonces exhortarás a tu hermano” (ed. F. Nau, *Patrologia Orientalis* 11, Paris, Firmin-Didot et Cie. Imprimeurs-Éditeurs, 1915, p. 466). Ver asimismo *Abba* Isaías, *Logoi*, 27,15: “Si alguien te aflige en cualquier asunto y sientes en ti tristeza e irritación, cállate y no digas nada fuera de lugar, hasta que la oración haya tranquilizado tu corazón; y entonces solamente hablarás con tu hermano” (ed., p. 191; trad., pp. 116-117).

⁴⁵ *Aphrizontes* de *aphrizo*: echar espuma por la boca (cf. Mc 9,18. 20).

⁴⁶ Cf. CAG Teófilo 1; PG 65,197 C: «El bienaventurado arzobispo Teófilo fue una vez a la montaña de Nitria, y salió a su encuentro el *abba* del monte. Le dijo el arzobispo: “¿Qué es lo más grande que encontraste en el camino que sigues, Padre?”. Le dijo el anciano:

que “insultado, no devolvía el insulto, sufriendo, no amenazaba” (1 P 2,23). Escúchalo decir, enseñando con el ejemplo: “Ofrecí mi espalda a los golpes, mis mejillas a los salivazos y no aparté mi rostro de la vergüenza de las cachetadas” (Is 50,6). Y tú, desgraciado, por un solo ultraje y una humillación, estás sentado tramando mil pensamientos, inventando mentiras para ti mismo como los demonios. En efecto, ¿qué más puede hacerle el demonio a esa alma que lo mismo que ella se hace a sí misma? Vemos la cruz de Cristo, cada día leemos los sufrimientos, que Él padeció por nosotros, y no soportamos el más mínimo ultraje. Verdaderamente hemos abandonado el camino recto».

5.3. Y agregaba: “Aunque alguien alcance la edad de Matusalén⁴⁷, si no sigue el camino recto, por el cual han caminado todos los santos, es decir, el camino de la humillación, de los agravios soportados valientemente, no progresa ni poco ni mucho, sino que solo pierde el tiempo”.

5.4. También decía: «Me encontré un día con la bienaventurada Dionisia, cuando un hermano le pedía limosna. Ella le dio tanto cuanto pudo. Pero como no había recibido todo lo que quería, él comenzó a injuriarla, diciendo contra ella y contra mí palabras indecorosas. Oyendo esto, ella se apenó y quería maltratar al hermano. Yo me di cuenta y le dije: “¿Qué haces? ¿Te tiendes una trampa a ti misma? Despojas de toda virtud a tu alma. ¿Qué soportas en comparación

“Acusarse y reprocharse siempre”. Dijo *abba* Teófilo: “No hay otro camino fuera de él” (trad. cit., p. 114). CAG Pastor 95; PG 65,345 A: «*Abba* Pastor dijo: “Si un hombre se reprende a sí mismo, está protegido por todas partes”» (trad. cit., p. 228). CAG Pastor 134; PG 65,356 B: «Dijo también, gimiendo: “Todas las virtudes, salvo una, vinieron a esta casa, y el hombre sin ella se sostiene con esfuerzo”. Le preguntaron cuál era, y él respondió: “Que el hombre se reproche a sí mismo”» (trad. cit., p. 236).

⁴⁷ Cf. Gn 5,21-27; 1 Cro 1,3; Lc 3,37.

con lo que Cristo soportó por ti? Sé, Señora, que has distribuido tus riquezas como estiércol, pero si no adquieres la mansedumbre, te pareces al herrero que golpea un pedazo de hierro sin producir nada útil». Y añadió: «Ignacio el Teóforo dijo: “Necesito mansedumbre, por medio de la cual se destruye todo el poder del príncipe de este mundo”⁴⁸. El signo de haber rechazado el mundo es no experimentar la turbación. Sucede, en efecto, que después de haber despreciado millones, se encuentra una pequeña aguja y se afecciona a ella de tal manera que se experimenta turbación. La pequeña aguja ocupa el lugar de los millones y se deviene esclavo de la pequeña aguja, de la cogulla, del manto o del libro, y ya no se es más servidor de Dios. Correctamente un sabio ha dicho: “Tantas pasiones, otros tantos tiranos para el alma”. Y el Apóstol dice: “Uno es esclavo de aquello que lo domina” (2 P 2,19). Al escuchar estas palabras, ella me miró admirada y dijo: “Que puedas encontrar al Dios que deseas”».

5.5. El bienaventurado decía: “El alma quiere ser salvada, pero ávida de las vanidades y acaparada por ellas, huye los trabajos. En verdad, no son pesados los mandamientos (cf. 1 Jn 5,3), sino nuestras malas voluntades. Tenemos, en efecto, la costumbre, por temor al mar o por temor a los ladrones, de despreciar todo y de arrojar nuestros bienes sin dilación, incluso sabiendo que moriremos poco tiempo después. Pero incluso a causa de ese poco (tiempo) que nos queda para vivir, despreciamos todo; nos consideramos felices de escapar vivos de los ladrones o del mar, aunque perdamos todo. Y mientras que poco antes nos esforzábamos

⁴⁸ Ignacio de Antioquía, *Carta a los Trallanos*, 4,2 (ver texto y trad. en la Colección *Fuentes Patrísticas*, 1, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 1991, pp. 140-141).

para ganar una moneda, con rapidez arrojamos todo para ganar solo una vida efímera. ¿Por qué no tener los mismos pensamientos respecto de la vida eterna? ¿Por qué el temor de Dios, como decía el santo, no puede tener la misma fuerza que el temor del mar?»

Para confirmar esto, el bienaventurado narraba la siguiente historia, que él había escuchado de otros.

Parábola del joyero

6.1. «En una ocasión un joyero⁴⁹, al que se le llama tallador de piedras preciosas⁵⁰, que poseía piedras preciosas y perlas, se embarcó con sus servidores con la intención de venderlas. Y le sucedió, por una disposición providencial, que se afeccionó con uno de los muchachos

⁴⁹ El vocablo griego es *lithoyrgos*: cantero, escultor, joyero (cf. Si 45,11: "... obra de joyero..."). Cf. PS 203; PG 87,3093 A-C: «Un padre contó esta historia: "Una vez un lapidario de esos que llaman 'diamantistas' tomó sus piedras preciosas y sus perlas y embarcó con sus criados en viaje de negocios. Por disposición divina, simpatizó con un criado del barco que estaba a su servicio; éste dormía junto a él y compartía su comida. Un día el criado sorprendió a los marineros murmurando; conspiraban para arrojar al mar al lapidario y quedarse con sus piedras. Cuando entró con aire sombrío en el compartimento de aquel buen hombre para servirle como de costumbre, éste le preguntó: '¿Por qué estás triste hoy, joven?'. Pero como éste se contuvo y no dijo nada, insistió: 'Dime la verdad, ¿qué te pasa?'. El joven rompió a llorar. 'Los marineros han tramado tal y tal cosa', le dijo. -¿Seguro? -Sí, lo que has oído. Entonces el lapidario llamó a sus criados y les dijo: 'Hagan lo que yo les mande sin dudas ni contemplaciones', y tras extender una tela de lino les ordenó: 'Tráiganme las cajitas'. Cuando se las llevaron, las abrió y empezó a esparcir las piedras preciosas por encima de la tela. Una vez depositadas todas, comenzó a decir: '¿Esta es mi vida?, ¿por estas piedras la pongo en peligro y a merced de las olas?, ¿por ellas voy a morir dentro de poco, sin poder llevarme nada de este mundo?'. Y ordenó a sus criados: '¡Echen todo esto al mar!'. Apenas dio la orden, arrojaron las piedras al mar. Los marineros quedaron estupefactos; y su plan, frustrado» (Juan Mosco, p. 218). En esta versión se traduce *lytheros* por lapidario, y *kabidarion* por diamantista (tallador de piedras preciosas). Ambos términos son poco utilizados en griego (ver HL 6,5, p. 34; y nota 34, p. 317).

⁵⁰ El vocablo es *kabidarion*. Cf. G. W. H. Lampe (Ed.), *A Patristic Greek Lexicon*, Oxford, Clarendon Press, 1961, p. 681.

de a bordo que estaba a su servicio; y que comía con él, compartiendo su menú. Un día, ese joven escuchó a los marineros tramar un malvado designio contra el joyero y arreglar entre ellos para arrojarlo al mar a fin de apropiarse de las piedras preciosas que poseía. En seguida, como el joven entró muy sombrío para servir al personaje como de costumbre, éste le preguntó: “¿Por qué hoy estás triste?”. El joven permaneció en silencio. De nuevo lo interrogó: “En verdad, dime, ¿qué tienes?”. Entonces estalló en llanto y le dijo: “Los marineros han tramado tal y tal designio contra ti”. Él preguntó: “¿Realmente?”. El otro respondió: “Sí, eso es lo que han convenido entre ellos”. Entonces el joyero llamó a sus servidores y les dijo: “Lo que les diga, háganlo diligentemente”. Después desplegó un lienzo y les dijo: “Traigan las cajas”⁵¹. Ellos las llevaron. Él abrió las cajas y se puso a esparcir las piedras, y luego de colocarlas a todas, comenzó a decir: “¿Es esto la vida? ¿Es por esto que estoy en peligro luchando contra el mar, mientras que en poco tiempo moriré sin llevar nada de este mundo conmigo?”⁵². Y dijo a sus servidores: “Echen todo en el mar”. Después de estas palabras, de inmediato lanzaron todo al mar. Los marineros quedaron atónitos y su malvado designio quedó frustrado».

6.2. Y el bienaventurado decía: «Consideremos cómo en el momento en que tomó su decisión, ese hombre se hizo filósofo en palabras y obras, y esto para ganar un breve tiempo de vida, ¡y obró bien! Pues se dijo: “Si yo muero, ¿qué provecho sacaré de estas piedras?”. Y nosotros no soportamos ni siquiera un pequeño daño

⁵¹ O cajitas (*moyzikia* de *moyzikion*): se trata seguramente de cajas de joyería; cf. Lampe, p. 886; PS 79: “... metía el pan de la comunión en una cajita...” (*Juan Mosco*, p. 105).

⁵² Cf. Jb 1,21; 1 Tm 6,7.

por el mandamiento de Cristo. Pero si es absolutamente necesario entristecerse, que sea por la pérdida de aquel que nos ha hecho un daño más que por el detrimento causado a nuestros bienes. Pues aquel que comete una injusticia se arroja a sí mismo fuera del Reino de los cielos: “Porque los injustos no heredarán el Reino de Dios” (1 Co 6,9; cf. Ef 5,5). Pero a ti que has sufrido el daño, él te ha procurado la vida. En efecto, se ha dicho: “Regocíjense y exulten porque la recompensa de ustedes será grande en los cielos” (Mt 5,12). Sin embargo, nosotros en lugar de entristecernos por la pérdida de un miembro de Cristo, estamos allí urdiendo pensamientos sobre las cosas percederas, viles y sin ningún valor. Verdaderamente con justicia somos castigados.

6.3. En efecto, Dios nos ha colocado en el rango de miembros y tenemos por cabeza a Cristo, nuestro Dios, como lo dice el santo Apóstol: “Numerosos son los miembros del cuerpo, pero uno solo es el cuerpo y la cabeza de todos es Cristo” (1 Co 12,12; cf. Ef 4,15; 5,23). En consecuencia, cuando tu hermano te maltrata, es como si tuvieras una mano que sufre o un ojo enfermo. Con todo, aunque sufrimos, no amputamos la mano y no la arrojamos, y tampoco nos arrancamos el ojo, pues consideramos como un gran daño la pérdida de esos miembros. Al contrario, ponemos el sello de Cristo, precioso por encima de todas las cosas, nos esforzamos invocando a los santos y ofrecemos oraciones incesantes a Dios por esto, preparando colirios y emplastos para sanar el miembro que sufre⁵³.

⁵³ Cf. Doroteo de Gaza, *Conferencias*, 6,77: “Adquiramos nosotros también la caridad. Adquiramos la misericordia respecto del prójimo para evitar la terrible maledicencia, el juzgar y el despreciar. Ayudémonos los unos a los otros como a nuestros propios miembros. Si alguien tiene una herida en la mano, en el pie o en otra parte, ¿siente acaso asco de sí mismo? ¿Se corta el miembro enfermo aunque se esté pudriendo? Más bien

Del mismo modo, por consiguiente, que oras por tu ojo o por tu mano para que recuperen la salud y ya no estén enfermos, lo mismo también harás por tu hermano. Pero cuando vemos los miembros de Cristo padecer de esa forma, no solamente no nos entristecemos, sino que incluso los maldecimos. Esto hacen aquellos que no tienen entrañas de bondad».

6.4. Y añadía: “Quien tiene entrañas de misericordia, de caridad, o de compasión, procura la alegría y el provecho ante todo para sí mismo, y en seguida, para el prójimo. La iniquidad, por el contrario, consume⁵⁴ y mata⁵⁵ a aquel en quien ella reside⁵⁶. Fácilmente es

¿no lo lavará, limpiará, le pondrá emplastos y vendajes, lo untará con óleo santo, rogará y hará rogar a los santos por él, como dice *Abba Zósima*? En resumen, no abandona su miembro, no le asquea su fetidez, hace todo por curarlo. Así debemos compadecernos unos de otros, ayudarnos mutuamente, o valiéndonos de otros más capaces, hacer todo con el pensamiento y con las obras para socorrernos a nosotros mismos y los unos a los otros. Porque *somos miembros los unos de los otros*, dice el Apóstol (Rm 12,5). Luego, si formamos un solo cuerpo y si *somos cada uno por nuestra parte miembros los unos de los otros* (Rm 12,5), *cuando un miembro sufre todos los miembros sufren con él* (1 Co 12,26). A su entender, ¿qué son los monasterios? ¿No son como un solo cuerpo con sus miembros? Los que gobiernan son la cabeza, los que cuidan y corrigen son los ojos, los que sirven por la palabra son la boca, las orejas son los que obedecen, las manos los que trabajan, los pies los que hacen los encargos y aseguran los servicios. ¿Eres la cabeza? Gobierna. ¿Eres los ojos? Sé atento y observa. ¿Eres la boca? Habla para provecho. ¿Eres la oreja? Obedece; ¿la mano? Trabaja, ¿el pie? Cumple tu servicio. Que cada uno, como pueda, trabaje por el cuerpo. Sean siempre solícitos en ayudarse los unos a los otros, ya sea instruyendo y sembrando la Palabra de Dios en el corazón de su hermano, ya sea consolándolo en el momento de prueba o prestándole asistencia y ayudándolo en su trabajo. En una palabra, cuide cada uno, como pueda, según ya les he dicho, de que permanezcan unidos los unos a los otros. Ya que cuánto más unido se está al prójimo, más unido se está a Dios” (SCH 92, pp. 282-284; trad., pp. 130-131).

⁵⁴ Cf. Lv 26,16: “... les consuman el alma...”.

⁵⁵ O: domina, subyuga, somete (*damazo*).

⁵⁶ Cf. Doroteo de Gaza, *Conferencias*, 10,106: “... El mal en sí mismo es nada, porque no tiene ser ni sustancia, Dios no lo permita. Es el alma la que lo produce al separarse de la virtud y ser llenada por las pasiones. Y, precisamente por ese mal ella es atormentada,

posible imaginar que [una persona así] daña a su prójimo, a sus bienes, a su reputación e inclusive a su cuerpo, y él mismo se expulsa de la vida”. Y citaba estas palabras: “Lo que no daña al alma, tampoco al hombre”⁵⁷.

7. *El secreto de la paz*

7.1. En otra ocasión decía el bienaventurado: «Alguien me dijo: “*Abba*, los mandamientos son numerosos, y mi espíritu está en la incertidumbre⁵⁸ respecto de los que debe observar y sobre los que no debe observar”. Y yo le respondí: “Que esto no te turbe, sino considera lo siguiente: si eres indiferente⁵⁹ frente a las cosas, fácilmente alcanzarás la virtud, y si no buscas poseer las cosas, no estarás rencoroso”.

7.2. ¿Qué fatiga hay en orar por los enemigos? ¿Es acaso como cavar la tierra? ¿Hacer un viaje? ¿Disminuye tus bienes? Agradece cuando eres ultrajado, y serás discípulo de los santos apóstoles, que se fueron llenos de alegría porque habían sido juzgados dignos de ser ultrajados por el nombre de Cristo (Hch 5,41). Y ellos, porque eran puros y santos, fueron ultrajados por el nombre de Cristo; pero nosotros nos merecemos ser ultrajados por causa de nuestros

no encontrando su reposo natural. Es, por ejemplo, como la madera: no tiene ningún gusano, pero si se pudre un poco, de esa podredumbre nace el gusano que la roe. El hierro también produce la herrumbre, y él mismo es corroído por la herrumbre; o también el vestido que hace nacer las polillas, por las cuales luego es devorado. Del mismo modo el alma misma produce el mal que antes no tenía ni ser ni sustancia, y es devorada a su vez por ese mismo mal” (SCh 92, p. 342; trad., p. 159).

⁵⁷ Cita no identificada. ¿Tal vez, alguna lejana reminiscencia de Mt 15,10-11?

⁵⁸ Lit.: en las tinieblas, oscurecido.

⁵⁹ Lit.: con indiferencia (*aprospathos*; *aprospathes*: desapasionado).

pecados. Nosotros merecemos el ultraje, aunque nadie nos ultraje, y somos malditos: “Malditos –dice (la Escritura)–, los que se desvían de tus mandamientos” (Sal 118 [119],21). No a todos se les concede ser ultrajados por el nombre de Cristo, sino a los santos y a los puros, como ya dije. En cuanto a nosotros, nos conviene reconocer honestamente que con justicia somos ultrajados en virtud de nuestras malas acciones.

7.3. Pero nuestra alma miserable, aun conociendo sus obras impuras y que ella merece sufrir, en todo sufrimiento está en trance de engañar a su propia conciencia, tramar pensamientos y decirse: “Me han dicho, me han ultrajado, me han insultado”, conspirando contra sí misma y prestándose al juego de los demonios. Sucede con el alma como con las artes. En efecto, así como el maestro le transmite su arte al discípulo y luego lo deja trabajar solo, sin necesidad de permanecer a su lado, pero vigilando a ratos por el temor de que sea negligente o arruine alguna cosa, así también los demonios, cuando ven un alma dócil que con facilidad acoge los malos pensamientos, le transmiten su arte diabólico. Ya no necesitan estar cerca de esa alma, pues saben que se basta a sí misma para su perdición y la visitan solamente a intervalos para que no se haga negligente.

7.4. ¿Qué más fácil que amar a todo el mundo y ser amado por todos? ¿Qué descanso no brindan los mandamientos de Cristo? Pero la voluntad no tiene ímpetu⁶⁰. Si tuviera ímpetu, todo le sería fácil con la gracia de Dios. Como lo he dicho a menudo, el menor

⁶⁰ O: celo, empeño (*orme*).

impulso de nuestra voluntad atrae la ayuda de Dios; y como lo dice el divino Antonio: “La virtud solo tiene necesidad de nuestro querer”; y de nuevo: “No tenemos necesidad de viajar para llegar al Reino de los cielos, ni atravesar el mar para alcanzar la virtud”⁶¹. ¿Cuál será el reposo del manso y del humilde? En verdad, “los mansos recibirán la tierra en herencia y gozarán de paz abundante” (Sal 36 [37],11; cf. Mt 5,4)».

8. Lección de humildad

8.1. Decía asimismo el bienaventurado: «Íbamos de camino, yo, un hermano y unos laicos, sobre la vía de Naplusa⁶², y llegamos a un puesto de aduana⁶³. Los laicos, conociendo la costumbre, pagaron el impuesto. Pero el hermano que estaba conmigo comenzó a protestar y dijo: “¿Cómo se atreven a exigir un impuesto de los monjes?”. Ante estas palabras yo le dije: “¿Qué haces, hermano? Es exactamente como si tú dijeras: ‘¡Lo quieras o no lo quieras, hónrame como a un santo!’. Sería mejor que él, viendo tu buena voluntad y tu humildad, se avergonzara y te dijera: ‘Perdóname’. Como discípulo del manso

⁶¹ Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*, § 20.3 y 4: “La virtud no está lejos de nosotros (cf. Dt 30,11), ni es algo que se encuentra fuera de nosotros; la obra está dentro de nosotros y es fácil llevarla a cabo solo con que queramos... Nosotros no tenemos necesidad de viajar para alcanzar el Reino de los cielos ni de atravesar el mar para alcanzar la virtud. Puesto que el Señor se anticipó y dijo: *El Reino de los cielos está dentro de ustedes* (Lc 17,21)”; SCh 400, p. 188; trad. en: *San Atanasio de Alejandría. Vida de San Antonio*, Munro, Surco Digital, 2023, pp. 140-141.

⁶² Flavia Neápolis.

⁶³ Lit.: despacho de impuestos, donde se exigía el pago de un tributo.

y humilde (cf. Mt 11,29), paga el impuesto y prosigue en paz tu camino⁶⁴».

8.2. «En otra ocasión, me encontraba en la Ciudad Santa⁶⁵, cuando un devoto cristiano vino y me dijo: “Hemos tenido un pequeño diferendo entre nosotros, mi hermano y yo, y no quiere reconciliarse conmigo, dignate exhortarlo y hablarle”. Acepté esta propuesta con alegría. Llamé a su hermano y le hablé sobre la caridad y la paz. Pareció aceptar, pero en seguida me dijo: “No me puedo reconciliar con él porque he jurado por la cruz”. Le respondí sonriendo: “Tu juramento tiene el mismo valor que si hubieras dicho: ‘Por tu preciosa cruz, oh Cristo, yo no observaré tus mandamientos, sino que haré la voluntad de tu enemigo el diablo’. Nosotros no solamente no debemos mantener lo que hemos decidido erróneamente, sino que tenemos que arrepentirnos y afligirnos por nuestras malas decisiones, como lo dice el *Theóphoro*

⁶⁴ Cf. Mt 17,24-27.

⁶⁵ Cf. PS, 216: «Estaba yo una vez en la Ciudad Santa, cuando se me acercó un devoto de Cristo y me dijo: “Mi hermano y yo hemos tenido un altercado y no quiere reconciliarse conmigo. Invítalo a venir y háblale”. Acepté su propuesta con placer, invité a su hermano y le dije algunas cosas que podían inclinarle al amor y a la paz. Al principio me pareció que le había convencido, pero después me dijo: “No puedo reconciliarme con él porque he jurado por la Cruz que no lo haría”. “Ese juramento tuyo, le advertí yo sonriendo, tiene el mismo valor que si dijeras: ‘Juro por tu preciosa Cruz, Cristo, que en vez de guardar tus mandamientos cumpliré la voluntad de tu enemigo el diablo’. No solo no debemos atenernos a nuestras malas decisiones; también, y sobre todo, debemos arrepentirnos y afligirnos por ellas cuanto las hemos tomado contra nosotros mismos, como dice el divino Basilio. Si Herodes se hubiera arrepentido, en vez de guardar su juramento, no habría cometido aquel terrible pecado de decapitar al precursor de Cristo (cf. Mt 14,1-12). Y le traje a colación las palabras de san Basilio (cf. *Reglas breves*, 60) extraídas del Evangelio, cuando el Señor quiso lavar los pies de san Pedro y éste se opuso (cf. Jn 13,1-17)» (PG 87,3108; *Juan Mosco*, p. 228).

Basilio⁶⁶. Porque si Herodes se hubiera arrepentido y no hubiera mantenido su juramento, no habría cometido aquel gran pecado: decapitar al Precursor de Cristo” (cf. Mt 14,6-10). Y a continuación le cité la palabra de san Basilio, a propósito del santo Evangelio, cuando el Señor quiso lavar los pies de san Pedro y éste se opuso (cf. Jn 13,6)»⁶⁷.

⁶⁶ Carta 199, a Anfiloquio de Iconio (+ hacia 395), *Sobre los cánones*, 29. La epístola fue escrita en el año 375, y dice en dicho canon: “Que los jefes juren hacer el mal a sus subordinados, ésta es una enfermedad a la cual conviene aplicar los más grandes remedios. El tratamiento a aplicar a estas personas es doble: enseñarles, en primer lugar, a no jurar fácilmente; y, enseguida, a no perseverar en sus criminales decisiones. Por eso si alguien ha hecho con anticipación un juramento para hacer un mal a otra persona, que muestre su arrepentimiento por la imprudencia de su juramento, y que no tome la piedad como pretexto para afirmar su iniquidad. No fue provechoso para Herodes mantener su juramento, puesto que, para no perjurar, terminó siendo el asesino de un profeta (cf. Mt 14,9-10; Mc 6,23-28). De una vez por todas, jurar está prohibido, pero es sin duda más razonable que sea todavía más condenado el juramento que se formula para hacer daño. Por eso quien ha jurado debe cambiar su designio, y no trabajar para afirmar su sacrilegio...” (Ed. Yves Courtonne, vol. II, Paris, Les Belles Lettres, 1961, p. 160).

⁶⁷ Cf. Basilio de Cesarea, *Pequeño Asceticon, Cuestión 184: Pregunta*: Si uno ha sido impulsado a decidir hacer alguna de las cosas que no agradan a Dios, ¿qué es más oportuno: anular lo que decidió indebidamente o cometer el pecado por temor a ser considerado mentiroso? *Respuesta*: ¹El Apóstol dice: *Por nosotros mismos no somos capaces de pensar algo como de nosotros* (2 Co 3,5). Y por su parte el Señor afirma: *No puedo hacer nada por mí mismo* (Jn 5,30). ²Y de nuevo: *Las palabras que les digo no las digo de mí mismo* (Jn 14,10). Y también en otro lugar: *He descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la de aquél que me envió, el Padre* (Jn 6,38). ³Por tanto, quien decidió algo tan temerariamente debe en primer lugar hacer penitencia, sea lo que fuere que ha decidido. ⁴Porque ni siquiera las obras buenas conviene hacerlas por propia voluntad y decisión; con mucha mayor razón no (nos) está permitido determinar cosas que no agradan a Dios. ⁵Que sea necesario anular cualquier cosa que por presunción se ha decidido contra el mandato del Señor, se muestra con claridad en el apóstol Pedro, ⁶quien temerariamente había determinado y dicho: *Nunca me lavarás los pies* (Jn 13,8). ⁷Pero oyendo la firme palabra del Señor: *Si no te lavo, no tendrás parte conmigo*, de inmediato cambió su decisión y dijo: *Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza* (Jn 13,9); ed. Klaus Zelzer, *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 86, Wien, Hölder-Pichler-Tempsky, 1986, pp. 204-205; trad. en: *San Basilio de Cesarea. Cuestiones sobre la vida monástica cristiana (“Instituta” – Regla). Traducidas al latín por Rufino*, Munro, Surco Digital, 2022, p. 320. Ver *Pequeñas*

9. *Cómo adquirir el conocimiento espiritual*

9.1. El bienaventurado decía: «Me interrogaron sobre la forma en que se debe dominar la cólera. Yo respondí: “Lo primero, para dominar la cólera, es no hablar durante el tiempo que se está turbado. Por esto *abba* Moisés no se turbó cuando lo despreciaron diciendo: ‘¿Por qué viene este etíope con nosotros?’, sino que dijo: ‘Si estaba turbado, no hablé’ (Sal 76 [77],5; cf. 118 [119],60 LXX). Y la segunda vez no solamente no se turbó, sino que incluso se acusó a sí mismo: ‘Fuera negro, ¡bien hecho! Tú que no eres un hombre, ¿qué has venido a hacer con los hombres?’⁶⁸”.

9.2. Pero nosotros, que somos muy inferiores, a causa de nuestra gran negligencia somos incapaces de alcanzar el nivel de los debutantes, y estimamos que los mandamientos son excesivamente pesados e imposibles. Pues estar turbado y no hablar es lo propio no de los perfectos, sino de los principiantes. En cambio, lo que es verdaderamente grande, es no estar en modo alguno turbado, según lo que dijo el santo profeta: “Fui ultrajado y no me turbé” (cf. Sal 118 [119],60 LXX). Pero ni siquiera buscamos emprender esto, ni mostramos una voluntad suficiente para atraer la gracia de Dios en nuestro auxilio. E incluso si parece que mostramos esa voluntad, ella se muestra negligente, mezquina e indigna de recibir el más pequeño don de Dios.

Reglas 60 (PG 31,1121 C-1124B); *Sobre el juicio de Dios*, 7 (PG 32,672 AB); *Cuestión* 3,34-35 (ed. cit., p. 31; trad. cit., p 70) y *Grandes Reglas* 7, §§ 3-4 (PG 31,932 B-933 A).

⁶⁸ CAG Moisés 3 y 4; PG 65,284 AB; trad. cit., pp. 145-146.

9.3. En efecto, sucede con todo lo que nos concierne como con las semillas y la cosecha. Aportamos nuestra voluntad y recogemos los frutos de la gracia. El agricultor siembra poco y, con la bendición de Dios sobre su labor, recoge mucho; como está escrito sobre Isaac que “sembró en aquella región y ese año cosechó el ciento por uno de la cebada” (Gn 26,12 LXX)⁶⁹. Así también, con la bendición de Dios sobre nuestra voluntad, podemos después de esto hacer todo sin pasión, sin esfuerzo y con tranquilidad, y obtener provecho de todas las cosas. Pues esforzarse para rezar y resistir, engendra la oración pura y apacible. Al inicio está el esfuerzo de la voluntad y después la tranquilidad de los frutos de la gracia.

9.4. Vemos asimismo esto en todas las artes. Quien quiere aprender un arte se fatiga y al principio comete errores, y a menudo estropea el trabajo. Pero no se desanima, sino que vuelve a empezar⁷⁰ e incluso si arruina de nuevo el trabajo, no abandona, mostrando su (buena) voluntad al maestro. Por el contrario, si se desanima y abandona, no aprende nada. Aunque a menudo arruine el trabajo, pero no abandona, si persevera en el esfuerzo y el trabajo,

⁶⁹ Cf. Mt 13,8; Mc 4,8; Lc 8,8.

⁷⁰ Cf. Doroteo de Gaza, *Conferencias*, 8,95: “Pongan, pues, en práctica, hermanos, y comprendan bien las enseñanzas que reciben, porque si no las ponen en práctica, las palabras solas no podrán hacer que las comprendan. ¿Cuál es el hombre que queriendo aprender un arte, solo se contenta con que le hablen? Más bien comenzará primero por hacer, deshacer, rehacer, demoler y así por un trabajo perseverante, aprenderá poco a poco su arte con la ayuda de Dios que ve su buena voluntad y sus esfuerzos. ¡Pero nosotros queremos adquirir el arte de las artes por las palabras, sin ponerlas en acción! ¿Cómo puede ser posible? Vigilémonos a nosotros mismos, hermanos, y trabajemos con celo mientras podamos. ¡Que Dios nos haga recordar y guardar las palabras oídas, a fin de que en el día del juicio no sean ellas motivo de nuestra condenación!” (SCh 92, p. 318; trad., pp. 148-149).

si adquiere la técnica, con la ayuda de Dios, llega a hacer todo sin fatiga y fácilmente, puede entonces vivir de su arte.

9.5. Así sucede en el ámbito espiritual. Si alguien comienza a practicar una virtud, no se debe imaginar que de inmediato tendrá éxito, pues esto es imposible. Pero que se esfuerce, e incluso si arruina el trabajo, que no abandone con el pretexto de que no es capaz de lograr algo; sino que vuelva a comenzar de nuevo, según el ejemplo de aquel que quiere aprender un arte. Y si largamente persevera sin desanimarse, Dios tendrá en cuenta el esfuerzo de su voluntad y le concederá poder hacer todo sin esfuerzo. Es lo que decía *abba* Moisés: “La fuerza de aquellos que quieren adquirir las virtudes consiste en no desanimarse cuando caen, sino en retomar su resolución”⁷¹».

10. *Huir de la negligencia y confiar en Dios*

10.1. También decía: «Toda virtud exige de nosotros esfuerzo, tiempo y voluntad; y ante todo necesita la ayuda de Dios. Pues si Dios no colabora con nuestra voluntad, es en vano que nos esforzamos. Es como el agricultor que trabaja su tierra y la siembra, necesita que Dios envíe la lluvia sobre las semillas⁷². Sin embargo,

⁷¹ Lit.: tratar de nuevo. La cita se encuentra en Isaías, *Logoi*, 16,51: “La fuerza de los que quieren adquirir las virtudes es, si caen, no ser pusilánimes, sino poner más cuidado si cabe (cf. Jr 8,4)”; ed., p. 91 y trad., p. 50.

⁷² Cf. Doroteo de Gaza, *Conferencias*, 12,135-136: “Después de todo el buen trabajo del campo debemos sembrar enseguida la buena semilla para que produzca buen fruto. Pero además el cultivador que siembra su campo debe, al tirar la semilla, esconderla y hundirla en la tierra, porque si no los pájaros vendrán a comerla y se perderá. Después de haberla escondido, esperará de la misericordia de Dios la lluvia y el crecimiento del grano. Porque podrá tomarse todos los trabajos de limpiar, remover la tierra y sembrar, pero si Dios no manda lluvia sobre su sembradío, toda la labor será vana. Es así como

la colaboración de Dios requiere nuestra petición y nuestra súplica, porque es por medio de ellas que obtenemos el auxilio de Dios que nos sostiene. Si, por el contrario, somos negligentes en la oración, ¿cómo podrá Dios tomar en consideración nuestro esfuerzo? O también, si oramos con indolencia y relajación, o si nos desanimamos rápidamente, como siempre lo digo, seríamos indignos de recibir algo. Pues Dios mira nuestra voluntad y teniéndola en cuenta a ella, es que Él concede sus bienes.

10.2. En efecto, ¿*abba* Moisés no fue al inicio jefe de ladrones⁷³? ¿No cometió crímenes innumerables, a tal extremo que fue echado

debemos obrar. Si hacemos algún bien, escondámoslo por humildad y pongamos en manos de Dios nuestra debilidad, suplicándole mirar nuestros esfuerzos, que de otra manera serían inútiles.

También suele pasar que después de haber regado y hecho germinar la semilla, la lluvia no cae en el tiempo debido y el germen entonces se seca y muere. Porque el grano germinado, como la semilla, precisa lluvia de tanto en tanto, para crecer. De manera que no podemos permanecer tranquilos. Sucede a veces que después del crecimiento del grano y de la formación de la espiga, la langosta, el granizo u otra plaga destruyen la cosecha. Lo mismo sucede con el alma. Aunque haya trabajado para purificarse de todas las pasiones y se haya aplicado a practicar todas las virtudes, deberá siempre contar con la misericordia y la protección de Dios por temor de ser abandonada y morir” (SCh 92, pp. 396-398; trad., pp. 185-186).

⁷³ «Es probable que Moisés de Calama (Casiano, *Conferencias*, 3,5.2 y 7,26.2. 27) y Moisés el Etiope, antiguo ladrón, sean ambos un mismo personaje: Moisés de Escete, el interlocutor de las dos primeras *Conferencias* de Casiano. Algunos aspectos de la vida de Moisés pueden establecerse con suficiente certeza. Ante todo, su muerte: habiendo rehusado huir ante la llegada de los bárbaros, fue asesinado por éstos cuando devastaron Escete (*Apotegma* Moisés 10). ¿Pero en qué fecha sucedió esta devastación? Las fuentes invitan a ubicarla en 407, y no en 395 o 396. Esta probabilidad parece sostenerse en: a) Casiano, que dejó Escete hacia 399/400, y no hace la menor alusión a la muerte de Moisés (como tampoco de una invasión a Escete); b) Paladio, que salió de Egipto por la misma época, menciona ciertamente la muerte de Moisés, pero en una especie de *addendum* después de la noticia concerniente a éste. Este agregado tiene en cuenta una información recibida después de su salida de Egipto; c) la fecha de 395 chocaría aquí con una imposibilidad. Un *apotegma* relata, en efecto, que un hermano fue a visitar sucesivamente a dos celebridades de Escete: Arsenio y Moisés (*Apotegma* Arsenio 38).

por su patrón a causa de su mal carácter? Pero cuando se entregó a la obra valientemente y con una voluntad muy ferviente, todos sabemos a qué altura llegó, hasta ser contado entre los mejores servidores de Dios, según las palabras de su biógrafo sobre él⁷⁴. En cuanto a nosotros, incluso el fervor que parecíamos tener al momento de la conversión, lo perdemos con el tiempo por nuestra negligencia. Nos adherimos apasionadamente a cosas insignificantes, viles y sin valor⁷⁵. Cambiamos el amor a Dios y al prójimo por estas

Pero Arsenio no pudo comenzar con su “renuncia” antes de 394-395. Se puede entonces considerar seguro que Moisés murió en 407. Tenía entonces 75 años, y por tanto habría nacido hacia 332. La primera parte de su vida fue muy desgraciada. De origen “etíope”, es decir de piel negra, fue expulsado por el señor a cuyo servicio estaba por causa de sus muchos robos. Incluso mató a un hombre y se hizo jefe de bandidos. Tocado de compunción, se convirtió a la vida monástica en una fecha que no se puede precisar (el color de su piel y su origen marcarán su existencia y lo forzarán a una humildad heroica; ver *Apotegmas* Moisés 3, 4 y 8). A partir de su conversión vivió una profunda evolución espiritual, a juzgar por dos hechos: joven monje, fresca todavía su experiencia anterior, encadenó a cuatro ladrones y los condujo a la iglesia para que los padres le dijeran qué hacer; y, el último día de su vida, a quienes le aconsejaban huir de los bárbaros, les respondió: “¡Después de tantos años que esperaba por este día!” (*Apotegma* Moisés 10). Dos acontecimientos importantes parecen haber marcado su vida escetota: su ordenación sacerdotal (*Apotegma* Moisés 4) y su retiro del centro de Escete hacia la soledad de Petra (desierto más interior que Escete, considerado como excepcionalmente árido), aconsejado por Macario, a fin de poder gozar de un mayor recogimiento (*Apotegmas* Moisés 13 y Macario 22). Sus dos maestros fueron Macario el Grande primero, y después Isidoro el Presbítero. Los apotegmas nos lo muestran también relacionado con Silvano y con el joven Zacarías (*Apotegmas* Silvano 11; Zacarías 2, 3 y 5), hijo de Carión. Por otra parte, muchas palabras de Moisés nos han sido conservadas por Pastor (= Poimén), que sin duda tuvo la ocasión de conocerle durante los años que precedieron a la devastación de Escete (*Apotegmas* Moisés 12, Zacarías 5, Pastor 166)» (SCh 387, pp. 68-70).

⁷⁴ Cf. HL 19; pp. 96-102.

⁷⁵ Cf. Doroteo de Gaza, *Conferencias*, 1,14: “Nosotros decimos haber crucificado el mundo para nosotros mismos por el hecho de venir al monasterio, pero nos oponemos a crucificarnos nosotros mismos para el mundo. Todavía gozamos con los placeres, tenemos sus apegos, nos atrae su gloria, el gusto de los alimentos y de los vestidos. Si vemos una herramienta que nos gusta, enseguida nos apegamos a ella. Dejamos que ese objeto de poco valor tenga para nosotros un valor grandioso, tal como dice *abba* Zósima.

(bagatelas), nos apropiamos de las cosas como si las poseyéramos por mérito propio sin haberlas recibido de Dios. “¿Qué tienes, en efecto, que no hayas recibido, dice (la Escritura), y si lo has recibido, por qué gloriarte como si no lo hubieras recibido?” (1 Co 4,7)».

10.3. Y decía Zósima: «¿Acaso el Señor sería pobre e incapaz de concedernos sus bienes, del mismo modo que ha colmado de riquezas a los santos Patriarcas, si realmente Él viera que sus dones nos aprovechan? Pero puesto que ve que lo poco que nos ha dado nos daña, por causa de nuestra inconsistencia, en su filantropía no nos confía mucho para que no vayamos definitivamente hacia nuestra perdición. Pues si Él ve que aprovechamos poco, esto no significa que sea incapaz para darnos mucho, como ya lo dije antes. ¿Quién, en efecto, convenció a todas esas personas para aportar sus bienes poniéndolos a los pies de los santos apóstoles (cf. Hch 4,35. 37; 5,2)? Pero como siempre digo, Dios, que es bueno, nos ha concedido sacar beneficio de todas las cosas, y nosotros, a causa de la pasión y del mal uso que hacemos de los dones de Dios, los

Solo en apariencia al venir al monasterio hemos dejado el mundo y abandonado lo que a él le pertenece, porque por cualquier insignificancia en seguida retomamos sus apegos. Es una gran locura el hecho de haber renunciado a cosas considerables para satisfacer luego nuestros apetitos con cosas que no tienen ningún valor. Cada uno de nosotros ha dejado lo que poseía en el mundo, grandes bienes, si es que los teníamos, o bien lo poco que nos pertenecía, cada uno según sus medios. Hemos entrado al monasterio y, como ya dije, allí buscamos satisfacer nuestros deseos con cosas miserables e insignificantes. No debemos obrar así. ¡Hemos renunciado al mundo y a las cosas del mundo!; de la misma manera debemos renunciar al apego de las cosas sensibles. Para eso es necesario saber lo que es la renuncia, el por qué hemos venido al monasterio y también qué significa el hábito que vestimos, a fin de comportarnos conforme a él y de luchar siguiendo el ejemplo de nuestros Padres” (SCh 92, pp. 166-168; trad., pp. 75-76).

arruinamos y los desperdiciamos. Los mismos bienes que nos han sido dados nos perjudican a causa de nuestro mal deseo».

10.4. Y con frecuencia decía: «Nadie puede perjudicar a un alma fiel, sino que todo lo que sufre será para ella una ganancia. Así como el obrero que se esfuerza recibe el salario después de su trabajo, así también el infiel es castigado por su infidelidad. Pero el fiel que es fiel incluso en el sufrimiento y que espera recibir un salario por su paciencia, obtiene muchos consuelos. En cambio, el infiel que no tiene confianza de recibir del Señor su salario, ¿qué consuelo tiene? Está, por tanto, allí languideciendo⁷⁶ en sus pensamientos, y murmurando en su interior ante la menor contrariedad: “Él me dijo”, y “Yo también tengo algo que decirle”. Está lleno de rencor y trama cosas imposibles que difícilmente es capaz de realizar. Porque no es lo que se proponen lo que los hombres son capaces de cumplir, sino solamente aquello que Dios les deja hacer, y por las razones que solo Él conoce.

10.5. A menudo, en efecto, alguien quiere hacerle mal a otro y, porque Dios no lo permite, su propósito no se realiza. Así, las voluntades de los hombres son solamente puestas a prueba. Cuántos intentaron hacerles daño a los santos Patriarcas, y puesto que Dios no lo permitió, nadie pudo perjudicarlos, como está escrito: “A nadie permitió hacerles daño, por ellos castigó a reyes: ‘No toquen a mis ungidos, no hagan daño a mis profetas’ (Sal 104 [105],14-15)”. Y cuando Él quiere desplegar todo su poder, mueve a compasión incluso los corazones de aquellos que son inmisericordes, como

⁷⁶ Lit.: pudriéndose, corrompiéndose, echándose a perder (*sepomenos*, del verbo *sepo*).

está escrito en el libro de Daniel: “El Señor hizo que el jefe de los eunucos tuviera compasión y afección por Daniel” (Dn 1,9).

10.6. Bienaventurada el alma que verdaderamente se ha preparado, pues Dios nunca la abandona, sino que siempre la protege, incluso en aquello que, en su ignorancia, ella no le pide. Rectamente dice el sabio: “El hombre sabio está protegido por Dios”⁷⁷. ¿Qué no hizo Saúl para asesinar al bienaventurado David, qué no emprendió contra él? Y porque David estaba protegido por el Señor, todos los designios de Saúl a nada llegaron. Y no solo esto, sino que también lo entregó en manos de ese santo, que lo perdonó (cf. 1 S 24,1 ss.; 26,1 ss.), pues no había en David una inclinación malvada hacia la cólera y la provocación».

11. La paciencia de abba Zósima⁷⁸

11.1. En otra ocasión le preguntaron: “¿Cómo no encolerizarse⁷⁹ cuando se es despreciado e insultado por algunos?”. Él respondió: «Si se considera poca cosa, no se turbará, como lo decía *abba* Pastor: “Si te desprecias a ti mismo, hallarás descanso”⁸⁰».

11.2. Él también decía: «Uno de los hermanos que vivía conmigo y había recibido de mí el hábito monástico, por el cual mucho me había fatigado para su bien —él era, en efecto, uno de los más

⁷⁷ Cf. Pr 22,11-12.

⁷⁸ Modifico la división de los párrafos propuesta por la versión francesa, ya que, según mi parecer, el tema sobre la paciencia comienza en el último párrafo del apartado precedente (letra g del § 10).

⁷⁹ Lit.: ¿Cómo conviene que alguien no...?

⁸⁰ Pastor (Poimén) 81; PG 65,341 C: «Dijo *abba* Pastor: “Si te desprecias a ti mismo, hallarás descanso en cualquier lugar en que te encuentres”» (trad. cit., p. 183).

delicados y yo era condescendiente con él a causa de su debilidad—, un día me dijo: “*Abba* mío, te amo mucho”. Yo le respondí: “Yo, hasta ahora, no he encontrado a alguien que me ame como yo le amo. He aquí que ahora tú dices: ‘Yo te amo’, y lo creo. Pero si sucede algo que no te agrada, no serás el mismo; en cambio, yo, aunque tú me hagas sufrir, nada me quitaría el amor que tengo por ti”.

11.3. Poco tiempo después, algo le sucedió al hermano, no sé qué, y empezó a decir muchas cosas contra mí, hasta asuntos escandalosos, y todo llegó a mis oídos. Me dije a mí mismo: “Es un cauterio de Jesús que me ha sido enviado para curar mi alma de la vanagloria. Es por medio de tales personas que se puede volver a ganar, estando atento, lo que se pierde a causa de aquellos que nos elogian. Éste es verdaderamente un bienhechor. Y les decía a todos los que me contaban lo que él decía sobre mí: “Él conoce mis faltas visibles, y ni siquiera todas, sino solo una parte, pero mis faltas ocultas son innumerables”.

11.4. Algún tiempo más tarde, me encontró en Cesarea y, según su costumbre, vino hacia mí, me abrazó y me dio un beso. Y yo hice lo mismo, como si nada hubiera sucedido⁸¹. Y así, mientras él decía estas cosas contra mí, cada vez que me encontraba, me abrazaba varias veces. Pero yo no manifestaba ninguna desconfianza ni sombra de tristeza, aunque estaba al corriente de todo.

11.5. Un día se postró ante mí y, apretando mis pies fuertemente, me dijo: “Perdóname, mi *abba*, por el Señor. Pues he dicho muchas

⁸¹ La edición de Pablo Evergetinos agrega: “Y esto no ocurrió una o dos veces, sino muchas veces” (PE II, p. 69).

villanías contra ti”. Entonces yo lo abracé y le dije con amabilidad: “¿Tu caridad recordará el día en que me dijiste: ‘Te amo mucho’, y yo te respondí: ‘No he encontrado una persona que me ame como yo la amo y estoy seguro que, si te sucede algo que no te agrade, no permanecerás tal cual, mientras que yo, aunque me hagas sufrir, nada me quitará el amor que tengo por ti?’. Que tu corazón sepa bien que nada de lo que has dicho me ha quedado oculto. Yo mismo supe dónde y con quién has hablado. Y jamás dije: ‘Es falso’. Nadie nunca pudo hacerme decir algo malo sobre ti, sino que, al contrario, yo decía: ‘Lo que él dice es verdad, lo dice por amor, poniéndose en mi lugar’. Y no dejé de recordarte en mis oraciones. Para darte una prueba de mi amor, he aquí que un día yo tenía muy mal un ojo y, haciendo memoria de ti, hice la señal de la cruz preciosa diciendo: ‘Señor Jesucristo, por sus oraciones, sáname’. E inmediatamente fui curado”. Esto es lo que le dije al hermano⁸²».

11.6. Con frecuencia decía el bienaventurado: «Nosotros, los hombres, no sabemos ni ser amados, ni ser honrados, sino que hemos perdido nuestro buen sentido. Pues si alguien soporta un poco a su hermano cuando⁸³ éste se encoleriza contra él y lo aflige, este hermano poco después vuelve en sí y, sabiendo cómo el otro lo soportó, da su vida por él⁸⁴».

⁸² La edición de Pablo Evergetinos añade: “Desde entonces el hermano tuvo plena confianza en mí y dejó de hablar contra mí, me estimaba mucho y me amaba” (PE II, p. 70).

⁸³ La edición de Pablo Evergetinos agrega: “por instigación del Enemigo” (PE II, p. 70).

⁸⁴ Lit.: “pone su alma por él”. La edición de Pablo Evergetinos trae: “... y, sabiendo cómo el otro lo soportó sin odio ninguno, se lo agradece mucho y llega a amarlo al punto de dar su vida por él” (PE II, p. 70).

12. Otros ejemplos de mansedumbre y paciencia en la adversidad

12.1. El bienaventurado recordaba que un día alguien le había dicho: «Mi *abba* es extremadamente bueno», añadiendo: «Por causa de su gran virtud y de los milagros que ha realizado, toda la región lo considera un ángel de Dios». Entonces, un día, alguien, por instigación del Enemigo, vino a arrojarle las peores injurias en presencia de todos, mientras que el anciano permanecía de pie, atento solamente a su boca. Él dijo: «La gracia de Dios está en tu boca, hermano mío». Pero el otro, enfurecido, respondió: «Sí, malvado, viejo glotón, tú dices esto para parecer manso». El anciano contestó: «Sí, hermano mío, tú dices la verdad». Después de esto –dijo él–, alguien le preguntó: «¿No te turbaste, buen anciano?». Y él respondió: «No, pero sentí que mi alma estaba como bajo la protección de Cristo». Y el bienaventurado agregó: «En verdad, hay que agradecerlas y considerarlas, si todavía se tienen pasiones, como medicinas que curan las heridas de nuestra alma; y si no se tienen pasiones, como bienhechoras que nos procuran el Reino de los cielos»⁸⁵.

12.2. El bienaventurado también decía: «Cuando todavía vivía en el monasterio de Tiro, antes de mi partida, nos visitó un anciano

⁸⁵ Cf. Doroteo de Gaza, *Carta* 9,194: «Hermano, recuérdate del que dijo: “Es por muchas tribulaciones que debemos entrar en el Reino de los Cielos” (Hch 14,22). No ha precisado: por estas o tales tribulaciones, sino que ha dicho en forma indeterminada: “por muchas tribulaciones”. Soporta entonces las que vengan con acción de gracias, con sabiduría, como agradables, si es que tienes pecados; si no los tienes, tómalas como purificación de las pasiones o como que te procuran el Reino de los cielos. El Dios amigo de los hombres y de las almas, que dirigiendo el viento y el mar produjo una gran calma (cf. Lc 8,24), dirigirá también, hijo, tu tentación. Que te conceda la apertura del alma para conocer las perversidades del enemigo. Amén» (SCh 92, p. 516; trad., p. 246).

muy virtuoso⁸⁶. Estábamos entonces por leer los *Apotegmas* de los santos ancianos. El bienaventurado los amaba recorriéndolos sin cesar, casi que los respiraba y por ese motivo había recogido el fruto de todas las virtudes. Llegamos al relato del anciano ante quien se presentaron unos ladrones y le dijeron: “Hemos venido a tomar todo lo que (está) en tu celda”. Y él dijo: “Hijos, tomen todo lo que quieran”. Tomaron, por tanto, lo que encontraron en la celda y partieron. Pero olvidaron una bolsa que estaba en un lugar oculto. Entonces el anciano la tomó y corrió tras de ellos gritando y diciendo: “Hijos, tomen lo que olvidaron en la celda”. Pero ellos admirados de la paciencia del anciano, pusieron de vuelta todas las cosas en la celda y se arrepintieron, diciéndose uno al otro: “Éste es un hombre de Dios”⁸⁷.

12.3. Cuando entonces leíamos esto, el monje me dijo: “Sabes, mi *abba*, este apotegma me ha sido muy útil”. Yo le pregunté: “¿En qué sentido, padre?”. Él respondió: “Un día que estaba en la región del Jordán, leí este texto, admiré al monje y me decía: “Señor, hazme digno de caminar tras las huellas de aquel, tú que me has juzgado digno de tomar su hábito”. Mientras experimentaba este anhelo, he aquí que dos días después, aparecieron unos ladrones. Cuando golpearon la puerta y comprendí que eran ladrones, me dije a mí mismo: “Gracias sean dadas a Dios. Ha llegado el momento de mostrar el fruto de mi deseo”. Abrí la puerta y los recibí con amabilidad, encendí una lámpara y me puse a mostrarles los objetos diciendo: “No se

⁸⁶ Cf. PS 212; PG 87,3104-3105; *Juan Mosco*, pp. 226-227.

⁸⁷ Apotegma anónimo N 337; CSG, cap. 16, n. 21 (SCh 474, p. 404; trad. cit., p. 414); cf. Is 11,2; 1 P 4,14.

preocupen, les aseguro en presencia del Señor que no les ocultaré nada”. Me preguntaron: “¿Tienes oro?”. Yo respondí: “Sí, tengo tres piezas”. Y abrí la caja delante de ellos. Ellos las tomaron y se fueron satisfechos. Por mi parte, riendo, dije al monje: “¿Ellos volvieron, como los del relato del monje?”. Él me contestó en seguida: “No, Dios no lo quiera. No hubiera querido que regresaran”».

12.4. Y el bienaventurado concluyó: “Tú ves el deseo del anciano y su disponibilidad. ¿Qué es lo que hizo? No solamente no se entristeció, sino que incluso se alegró por haber sido hecho digno de un tal beneficio. Y puesto que recuerdo lo que dijimos precedentemente, a saber, que, si soportamos un poco a nuestro hermano que está turbado, ganamos nuestra alma, yo quería narrarles lo que escuché del bienaventurado Sergio, el *higúmeno* de Pedias”.

13. *El poder de la mansedumbre*

13.1. «Esto es lo que me contó: “Un día, haciendo camino con un santo anciano, nos perdimos y, sin saber adónde marchábamos, nos encontramos en un campo sembrado y pisoteamos un poco el terreno. El agricultor se dio cuenta, justo estaba trabajando allí, y comenzó a injuriarnos groseramente encolerizado: ‘¿Ustedes, son monjes? ¿Ustedes temen a Dios? Si tuvieran ante sus ojos el temor de Dios, no harían esto’. De inmediato el santo nos dijo: ‘Por el Señor, que nadie hable’. Y le dijo con mansedumbre al hombre: ‘Dices bien, hijo mío, si tuviéramos temor de Dios, no hubiéramos hecho esto’. El otro comenzó de nuevo airado con sus injurias. Y el anciano dijo de nuevo: ‘Dices la verdad: si fuéramos monjes, no hubiéramos hecho esto; pero por el Señor, perdónanos, porque hemos pecado’. El otro quedó estupefacto y vino a postrarse a los

pies del anciano diciendo: ‘Perdóname, por el Señor, y llévenme con ustedes’. Y –dijo el bienaventurado Sergio–, en verdad él nos siguió y recibió el hábito monástico”⁸⁸».

13.2. Y el bienaventurado Zósima agregó: “He aquí lo que la mansedumbre y la bondad del santo pudieron hacer ante Dios y cómo ellas pudieron salvar un alma plasmada a imagen de Dios (cf. Gn 1,26-27), que Dios prefiere a diez mil mundos con todas sus riquezas”.

13.3. Un día que estaba junto a él, me dijo: «Recitemos un pasaje de la Escritura”. Habiendo comenzado a recitar un capítulo del libro de los *Proverbios*, llegué al pasaje: “Mucha leña y el fuego se aviva, pero donde no hay cólera, el combate se apacigua” (Pr 26,20 LXX). Entonces le pregunté: “¿Qué significa esta palabra, Padre?”. Él me respondió: “Como los pedazos de leña producen la llama de fuego, hay igualmente cosas que atizan las pasiones, y al igual que faltando la leña el fuego se extingue, así sucede con las pasiones. Si se quitan las causas, las pasiones no actúan. *Abba* Moisés dijo que las causas de la lujuria son ‘comer y beber a saciedad, dormir en exceso, estar ocioso, la diversión, la charlatanería y el lujo de las vestimentas’⁸⁹. Y de nuevo, las causas de la cólera son, según el mismo *abba* Moisés, ‘dar y recibir, hacer la voluntad propia, querer enseñar, tenerse por sabio’⁹⁰. Si alguno corta todo esto, las pasiones quedan sin fuerza. Esto es lo

⁸⁸ PS 218; PG 87,3108-3109; *Juan Mosco*, p. 229.

⁸⁹ *Abba* Isaías, *Logos* 7,19: “Por cuatro cosas crece la fornicación en el cuerpo: por dormir hasta la saciedad, comer hasta hartarse, por las palabras desvergonzadas y por el adorno del cuerpo” (ed., p. 47; trad., p. 26).

⁹⁰ *Abba* Isaías, *Logos* 7,22: “Por cuatro cosas aumenta la cólera: dar y recibir en la avaricia, amar la propia voluntad, querer enseñar a otros, estimarse a sí mismo por sabio (Rm 11,25; 12,16)” (ed., p. 47; trad., p. 26).

que dijo *abba* Sisoos cuando fue interrogado por un hermano: ‘¿Por qué las pasiones no se alejan de mí?’. Y él respondió: ‘Porque los instrumentos de las pasiones, es decir, sus causas, están en ti. Dales lo que tú tienes de ellas, y se irán’⁹¹”.

13.4. El pendenciero, en quien la querrela no se apacigua, es el que no contento con la primera turbación, se excita a una segunda cólera. Por el contrario, no es un hombre pendenciero aquel que, cuando su cólera se inflama, vuelve a sí mismo de inmediato, se condena a sí mismo y va a pedir perdón al hermano contra el cual se había encolerizado. En él la querrela se apacigua, pues se condena a sí mismo y se reconcilia con su hermano, y en él no hay lugar para el combate, como lo acabo de decir. Pero el hombre pendenciero, en quien la querrela no se apacigua, es aquel que, encolerizado, no se condena a sí mismo, sino que más bien se excita a la ira, no lamentando su cólera, sino el hecho de no haber hablado más aun en su turbación. Éste es llamado hombre pendenciero, y en él la disputa no se apacigua, sino que le siguen el odio, la tristeza y la impiedad. Que el Señor Jesucristo nos libre de esta clase de hombres y nos conceda la porción de los mansos y de los humildes».

⁹¹ CAG Sisoos 6: «Un hermano preguntó a *abba* Sisoos: “¿Por qué las pasiones no se retiran de mí?”. Le contestó el anciano: “Tienen su capital depositado en tu interior; devuélveles sus arras (o: garantías), y se retirarán» (PG 65,393 A; *trad. cit.*, p. 219). Cf. Doroteo, *Conferencias*, 13,141: «... Es imposible no sufrir los efectos de una pasión cuando se ha llegado a ponerla en práctica. *Abba* Sisoos decía: “*Los instrumentos de las pasiones están dentro tuyo. Devuélveles lo que les pertenece y se irán*”. Por “instrumentos” entendía sus causas. En tanto que las amamos y nos valemos de ellas es imposible que no seamos víctimas de pensamientos apasionados, que llegan incluso a violentar nuestra voluntad para poner en práctica la pasión, puesto que voluntariamente nos hemos entregado en sus manos» (SCh 92, p. 408; *trad.*, p. 191).

13.5. También decía a menudo: «Hace falta una gran vigilancia y prudencia frente a la astucia del diablo. Puesto que él llega y provoca la turbación en nosotros por nada, y se tiene la impresión de haberse encolerizado con justicia y con razón. Pero esto es totalmente extraño a quien desea marchar verdaderamente por el camino de los santos, como lo dice san Macario: “No corresponde⁹² a los monjes encolerizarse, ni corresponde contristar al prójimo”⁹³».

13.6. Y decía: «Un día, encargué libros a un hábil calígrafo. Una vez terminada la escritura me mandó decir: “He aquí que he acabado; cuando quieras envía a alguien para llevarlos”. Un hermano escuchó esto y fue en mi nombre a ver al calígrafo, pagó el precio y se llevó los libros. Por mi parte, ignorante del asunto, envié a nuestro hermano con cartas y el precio, para tomar los libros. Entonces, cuando el calígrafo constató que había sido engañado por el que se llevó [los libros], estaba turbado y dijo: “Realmente, lo voy a reprender por dos razones: porque se burló de mí y porque ha tomado lo que no le pertenece”. Esto llegó a mis oídos y le mandé decir: “Tú sabes, hermano mío, que compramos libros para aprender la caridad, la humildad y la mansedumbre. Pero si el hecho mismo de adquirir libros provoca una disputa, no quiero comprar libros y no pelearé, “porque el servidor de Dios no debe disputar” (2 Tm 2,24). He aquí

⁹² Lit.: es extranjero a los monjes (*xenos*), en ambas ocasiones traducimos: no corresponde.

⁹³ Apotegma conservado en copto: Am 171,16 (*Les sentences des Pères du désert*, Sablé-sur-Sarthe, Solesmes, 1979, p. 176). Doroteo de Gaza cita este apotegma bajo el nombre de Evagrio; cf. *Conferencias*, 2,29; SCh 92, p. 190; trad., p. 87: «Ya lo decía Evagrio: “Es algo totalmente ajeno al monje el irritarse”»; y 8,89; SCh 92, p. 306; trad. p. 142: «Evagrio ha dicho: “Encolerizarse y entristecer a otro debe ser algo extraño al monje”».

entonces que, renunciando a los libros, evité que el hermano fuera importunado⁹⁴».

14. *El provecho espiritual*

14.1. El bienaventurado estaba sentado y hablaba sobre el provecho [espiritual]; comenzó a citar algunas palabras de los santos Padres, y llegó a este dicho de *abba* Pastor: «“El hombre que se acusa a sí mismo encuentra descanso en cualquier lugar”⁹⁵. Y esta otra respuesta del *abba* de la montaña de Nitria a la pregunta: “¿Qué encuentras superior en este camino, Padre?”. Y respondió: “Acusarse y culparse siempre a sí mismo”. A lo que el interlocutor replicó: “No hay otro camino fuera de éste”⁹⁶».

14.2. Y Zósima decía: «¡Qué fuerza tienen las palabras de los santos! Verdaderamente lo que dicen, lo afirman a partir de la experiencia y hablan de la verdad, como afirma el divino

⁹⁴ El verbo griego tiene el sentido fuerte de: abatir, doblar, encorvar, desfallecer.

⁹⁵ CAG Pastor (Poimén) 95; PG 65,345 A; trad. cit., p. 185. “Encuentra descanso”: ver Mt 11,29. Cf. CAG Pastor 134: «Dijo *abba* Pastor, gimiendo: “Todas las virtudes, salvo una, vinieron a esta casa, y el hombre sin ella se sostiene con esfuerzo”. Le preguntaron cuál era, y él respondió: “Que el hombre se reproche a sí mismo”» (PG 65,356 B; trad. cit., p. 191); Doroteo, *Conferencia* 7,81: “¡Qué alegría, qué paz disfrutará donde vaya, aquel que se acusa a sí mismo, como lo ha dicho *abba* Poimén! Cualquiera fuere el daño, la ofensa o la pena que le infieran, si *a priori* se juzga merecedor de ella, no se sentirá perturbado nunca. ¿Hay algún estado que esté más exento de preocupación que éste?” (SCh 92, pp. 290-292; trad., pp. 134-135).

⁹⁶ CAG Teófilo 1; PG 65,197 D (trad. cit., p. 91). Cf. Doroteo, *Conferencia* 7,81: “No hay por qué asombrarse de que todos los santos digan que no existe otro camino más que éste. Podemos ver bien que nadie ha conseguido la paz siguiendo otro camino, ¡y nosotros pensamos encontrar uno que nos lleve directamente a ella, sin consentir jamás en acusarnos a nosotros mismos! En verdad, aunque hubiéramos realizado mil obras buenas, si no guardamos este camino, no cesaremos de sufrir y de hacer sufrir a los demás, perdiendo así todo mérito” (SCh 92, p. 290; trad., p. 134).

Antonio⁹⁷. Y por eso eran fuertes, porque hablaban sobre lo que ellos practicaban, conforme a la palabra de un sabio: “Que tu vida confirme tus palabras”⁹⁸».

14.3. Y Zósima solía contar este hecho: «Durante una corta estadía en la *laura* de *abba* Gerásimo, donde había un hermano que me era querido, me encontré un día con él para dialogar sobre temas edificantes. Como le recordé esas palabras de *abba* Pastor y del otro anciano, este hermano me dijo: “Yo he experimentado la veracidad de esas palabras y el reposo que resulta de su aplicación. Pues antes consideraba como verdadero amigo a un diácono de esta *laura*. No sé de dónde le vino una sospecha contra mí a propósito de un asunto que lo entristecía; y empezó a mostrarse sombrío respecto de mí. Viéndolo sombrío, le pregunté el motivo. Él me respondió: ‘Es porque tú has hecho tal cosa’. Pero yo no tenía ninguna conciencia de haber hecho eso, e intenté convencerlo. Pero él me dijo: ‘Perdóname, pero no estoy plenamente convencido’. Me retiré a mi celda y comencé a escrutar mi corazón para ver si había hecho algo semejante, y no encontré nada. Lo vi con el cáliz en la mano y distribuyendo [la santa comunión] a los hermanos, y le juré por el cáliz que no tenía conciencia de haber hecho eso. Pero él no se convenció.

14.4. Entrando nuevamente en mí mismo, acordándome de las palabras de los santos Padres y confiando, cambié un poco mi

⁹⁷ Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*, § 39.1: “... no piensen que simplemente he hablado de estas cosas, sino crean que hablo por experiencia y de verdad...” (SCh 400, p. 240; trad. cit., p. 204).

⁹⁸ En su traducción D. Regnault afirmaba: “cita no identificada” (p. 127, nota 4). Tal vez, pueda tratarse de una alusión a St 2,14-26, como propone la versión armenia (Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium 353, p. 81).

pensamiento y me dije: ‘Este diácono me ama sinceramente y, movido por la caridad, me ha confiado lo que tenía en su corazón sobre mí, para que yo sea vigilante y esté atento, para que no haga eso. Además, oh alma mía miserable, tú dices que no has hecho esa cosa, pero ¿no has cometido innumerables faltas que tú has olvidado? ¿O son solamente las que has cometido ayer o hace diez días? ¿Te acuerdas? ¿No has cometido esta falta del mismo modo que cometiste aquellas, y no has olvidado ésta como habías olvidado aquellas?’. Así persuadí a mi corazón de que verdaderamente había cometido esta falta, pero que lo había olvidado como el resto de las faltas. Además, comencé a dar gracias a Dios y al diácono. Porque, por medio de él, el Señor me hizo digno de reconocer mi error y arrepentirme de él⁹⁹. Levantándome, entonces, con estos pensamientos, fui a hacer una *metanía* delante del diácono y agradecerle. Y al golpear la puerta, él abrió y en seguida hizo una *metanía* diciendo: ‘Perdóname, pues los demonios se burlaron de mí inspirándome sospechas contra ti en este asunto. Pues, en verdad, Dios me ha dado la seguridad de que tú nos has hecho nada’. Y no me dejó que lo persuadiera, diciendo: ‘No es necesario’».

14.5. El bienaventurado dijo: «Mira cómo la humildad sincera dispuso el corazón del hermano que tanto la deseaba, de modo que no solamente no se escandalizó respecto del diácono, ni se llenó de tristeza contra él –al principio, porque sospechaba, después porque no lo podía convencer y, al final, porque no aceptó ser convencido–,

⁹⁹ Desde “Además” hasta “arrepentirme de él” falta en la traducción de D. Regnault, pero se encuentra en el texto griego según la edición de Augoustinos.

sino que incluso se atribuyó a sí mismo la falta; y no solo esto, además también agradeció¹⁰⁰ al diácono».

14.6. Y continuó: «¿Ves lo que ha hecho la virtud? ¿Ves a qué grados de progreso conduce a quien la desea? Porque si hubiera querido, hubiera tenido mil pretextos para convertirse, por causa de ese diácono, en un demonio. Pero puesto que poseía un impulso hacia la virtud, no solo no se irritó contra él, sino que también le agradeció; la virtud, en efecto, se apoderó de su corazón. Igual nosotros, si preparamos y aderezamos cuidadosamente nuestro corazón con las semillas de la mansedumbre y de la humildad, el enemigo no encuentra un lugar para sembrar en nosotros las semillas malvadas. Pero puesto que nos encuentra desprovistos¹⁰¹ de todo buen pensamiento, o peor todavía, incitándonos nosotros mismos hacia el mal, aprovecha las oportunidades que nosotros le damos y realiza su obra. Lo contrario sucede en el caso de la virtud: el Señor, que ve el alma sedienta de salvación y cultivando las buenas semillas, considera su buena voluntad y la colma de dones».

15. *La perfecta desapropiación de un anciano*

15.1. Un día, recordó el hecho de un anciano robado por un hermano, su vecino. Él lo sabía, pero nunca lo reprendió. Al contrario, trabajó más diciendo: “El hermano sin duda tiene necesidad”¹⁰². Zósima admiraba, por tanto, la bondad de los santos y contó lo que sigue.

¹⁰⁰ O: perdonó.

¹⁰¹ Lit.: deshabitados (*eremos*).

¹⁰² Apotegma anónimo N 339: «Decían sobre un hermano, vecino de un gran anciano, que entraba donde éste (habitaba) y robaba lo que tenía en su celda. El anciano lo veía y

15.2. «Mientras me encontraba en Pedias, un *higúmeno* me contó la siguiente historia¹⁰³: “Cerca de nuestro monasterio, vivía un anciano de un carácter extremadamente bueno. Tenía por vecino a un hermano. En ausencia del anciano, el hermano, impulsado por el demonio, abrió la celda, entró y le robó sus utensilios y sus libros. Entonces, cuando el anciano regresó, abrió la celda y no encontró sus pertenencias, y fue a anunciárselo al hermano. Y encontró sus pertenencias en el medio de la celda, porque el hermano todavía no las había sacado. El anciano, no queriendo ni avergonzarse ni reprenderlo, fingió tener una urgencia estomacal. Salió y permaneció en las letrinas durante una hora, el tiempo para que el hermano sacara las pertenencias de en medio de la celda. Cuando regresó el anciano se puso a hablar de otra cosa sin reprender al hermano. Pero algunos días más tarde, reconocieron las pertenencias del anciano. El culpable fue arrestado y puesto en prisión, sin conocimiento del anciano. Cuando lo supo, sin conocer la razón por la que el hermano había sido encarcelado, vino a verme, contaba el *higúmeno* –pues nos visitaba frecuentemente–, y me dijo: ‘Por caridad, dame algunos huevos y algunos panes’. Yo le dije: ‘¿Tú seguramente recibes huéspedes hoy?’. Él me respondió: ‘Sí’. Y el anciano llevó estas cosas

no lo corregía, sino que trabajaba más, diciendo: “El hermano tiene una gran necesidad”. Y el anciano pasaba mucha aflicción, con esfuerzo y dificultad para procurarle el pan. Y cuando estaba a punto de morir, los hermanos rodearon al anciano. Viendo a su ladrón le dijo: “Acércate a mí”. Y besando sus manos dijo: “Hermanos, doy gracias a estas manos, puesto que por medio de ellas voy hacia el reino de los cielos”. Y (el hermano), lleno de compunción y arrepentido, se convirtió también en un monje probado, gracias a la práctica que había visto en el gran anciano». Reproducido en la CSG, cap. 16, n. 28 (capítulo sobre la paciencia; SCh 474, pp. 410-412; trad. cit., p. 417).

¹⁰³ Cf. PS 211; PG 87,3101-3104; *Juan Mosco*, pp. 225-226.

a la prisión para reconfortar al hermano. Entonces, cuando entró en la prisión, el hermano cayó a sus pies y le dijo: ‘Es a causa de ti que estoy aquí, *abba*. Fui yo el que te robó tus pertenencias. Pero tu libro lo tiene tal persona. Y tu manto tal otra’. El anciano le contestó: ‘Que tu corazón esté tranquilo, hijo mío, pues no es por esto que he venido aquí; ni siquiera sabía que estabas aquí por mi causa. Pero he sabido que estabas preso, esto me ha apenado y he venido a traerte algún consuelo: he aquí los huevos y los panes. Ahora haré todo lo posible para liberarte de la prisión’. Y se fue a interceder ante las personalidades oficiales –que le conocían por su virtud–, y mandaron liberar al hermano”».

15.3. «Contaban, a propósito del mismo anciano, lo siguiente. Un día fue al mercado para comprarse un manto. Lo adquirió. Entregó una moneda de oro, y le faltaba completar la suma con algunas pocas monedas más. Tomó el manto, se sentó y contó las monedas sobre el mostrador. Pero he aquí que alguien se acercó y trató de quitarle el manto. El anciano se dio cuenta, y puesto que tenía un corazón muy bondadoso, se levantó despaciosamente para acercarse al mostrador, hasta que el otro tomó el manto y se fue, sin que el anciano lo reprendiera».

15.4. El bienaventurado Zósima concluyó: «El manto y los objetos robados de su celda tenían valor, pero el anciano mostró la gran voluntad que tenía de poseer las cosas como si no las poseyera. Permanecía indiferente cuando se las llevaban, sin tristeza ni turbación. Porque, como siempre lo digo, no es el hecho de poseer lo que es perjudicial, sino el hecho de poseer con pasión. Aunque ese anciano hubiera poseído el mundo entero, permanecería como

si nada poseyera. Con su conducta mostró que estaba desprendido de todo».

*16. Historia de los ángeles que, en Alejandría, llevaron una joven prostituta a bautizar*¹⁰⁴

16.1. El bienaventurado Zósima también nos contó una historia cuyo relato es el siguiente: «Escuché de *abba* Theonas y de Teodoro el médico, ambos de gran piedad y de incontestable veracidad, que había en la ciudad de Alejandría, en los días del obispo Juan¹⁰⁵, que era originario de la ciudad de Niqiyah, una joven huérfana de padre y madre. Ellos le habían dejado su riqueza, pero ella no estaba bautizada.

16.2. Un día, entrando en el huerto que le habían dejado sus padres –pues había huertos en plena ciudad en las mansiones de los grandes personajes– y hallándose entonces en el huerto, vio a un hombre que se aprestaba a ahorcarse. Ella corrió y le dijo: “¿Qué haces, mi bien?”. Él le dijo: “Te ruego, déjame, mujer, pues estoy en una gran angustia”. La joven le dijo: “Dime la verdad, y tal vez te pueda ayudar”. Él le dijo: “Tengo grandes deudas y estoy muy presionado por mis acreedores, prefiero morir a vivir en semejante angustia”. La joven le dijo: “Te ruego, toma todo lo que yo tengo y restituye lo que debes, pero no te mates”. Él tomó lo que ella tenía y restituyó.

¹⁰⁴ Cf. PS 207; PG 87,3097-3100; *Juan Mosco*, pp. 149-151. El inicio y el final (§ 16.1 y 6) faltan en el texto griego. D. Regnault tomó estos párrafos de la versión árabe, publicada por J. Sauguet en *Le Muséon* 82 (1969), pp. 385-386; cf. *Entretiens*, p. 131, nota 1.

¹⁰⁵ Podría ser Juan I “el Monje” (496-505), anticalcedoniano; o también Juan II (505-516), igualmente anticalcedoniano.

16.3. La joven se encontró entonces en la miseria. No teniendo nadie que se ocupara de ella, privada de sus padres, se encontró necesitada y cayó en la depravación. Algunos de sus conocidos, que sabían cuál había sido la situación de sus padres, decían: “¿Quién conoce los juicios de Dios, y cómo Él permite que caiga un alma, y por qué motivo?”.

16.4. Algún tiempo después la joven se enfermó y recapitó. Acuciada por los remordimientos, les dijo a los vecinos: “Por el Señor, tengan piedad de mi alma y hablen al arzobispo para que me haga cristiana”. Pero todos la menospreciaron y decían: “¿Acaso él va a recibir a esta prostituta?”. Ella estaba desolada. Cuando se hallaba en este estado, desesperada, un ángel del Señor se le presentó bajo el aspecto del hombre del que había tenido piedad y le dijo: “¿Qué tienes?”. Ella dijo: “Es que deseo ser cristiana y nadie quiere hablar en mi nombre”. Él le dijo: “¿Verdaderamente lo deseas?”. Ella dijo: “Sí, te lo ruego”. Él le dijo: “No estés completamente desesperada, voy a traer a otros y ellos te llevarán a la iglesia”. Condujo entonces a otros dos, ángeles también ellos, y la transportaron a la iglesia. Después, transformándose en grandes personajes de rango augustal¹⁰⁶, llamaron a los clérigos encargados de los bautismos. Los clérigos les dijeron: “¿Ustedes responden por ella?”. Ellos respondieron: “Sí”. Luego de haber hecho toda la serie de ritos preparatorios, los clérigos la bautizaron en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Ellos la revistieron con las

¹⁰⁶ Título que se le daba al prefecto de Egipto (*Juan Mosco*, p. 303, nota 104).

vestimentas de los neófitos; y, vestida de blanco, volvió a su casa llevada por ellos. Y allí la dejaron, para desaparecer a continuación.

16.5. Los vecinos viéndola vestida de blanco, le preguntaron: “¿Quién te ha bautizado?”. Ella les respondió: “Llegaron unas personas y me llevaron a la iglesia. Hablaron con los clérigos y me bautizaron”. Ellos le dijeron: “¿Quiénes eran esas personas?”. Como ella no sabía qué responder, fueron a contar el asunto al arzobispo. Éste envió los prepositos al baptisterio y les dijeron: “¿Ustedes la bautizaron?”. Ellos lo confirmaron, diciendo que habían sido invitados por unos tales, augustales. El obispo entonces los mandó buscar y les preguntó si habían respondido bien sobre ella. Ellos dijeron: “No sabemos, no tenemos conciencia de haber hecho eso”. Entonces el obispo reconoció que era obra de Dios. Hizo venir a la joven y le dijo: “Dime, hija mía, ¿qué obra buena has hecho?”. Ella le dijo: “Siendo una prostituta y una pobrecita, ¿qué podía hacer de bueno?”. Él le dijo: “¿Tienes conciencia de no haber hecho absolutamente nada bueno?”. Ella le dijo: “Nada, excepto que yo vi a uno que quería matarse porque estaba presionado por sus acreedores y le di toda mi fortuna para liberarlo”. Al decir esto, ella se durmió en el Señor, liberada ella misma de sus faltas voluntarias e involuntarias. Entonces el obispo, glorificando al Señor, dijo: “Tú eres justo, Señor, y tus juicios son rectos” (Sal 118 [119],137)».

16.6. Y el bienaventurado Zósima dijo: «En la medida que la joven abundó en conmiseración, en la misma medida el Señor abundó en clemencia hacia ella en el tiempo de su necesidad. Así, en la medida de las buenas acciones que cada uno de nosotros hace con buena voluntad, será la medida de la victoria que pida al Señor en el momento de su prueba, conforme a lo que se dice sobre el

justo: “Si cae no vacilará, porque el Señor sostendrá su mano” (Sal 36 [37],24). A Él la gloria por siempre. Amén»¹⁰⁷.

Apéndice

*A. Diálogo de Zósima con Doroteo de Gaza sobre la humildad*¹⁰⁸

«Un día *abba* Zósima hablaba acerca de la humildad, y un sofista que se encontraba allí, oyendo sus palabras, quiso saber el sentido exacto: “Dime, le dijo, ¿cómo puedes creerte pecador? ¿No sabes que eres santo, que posees virtudes? ¡Bien ves que practicas los mandamientos! ¿Cómo, en esas condiciones, te puedes creer pecador?”. El anciano, no encontrando una respuesta para darle le dijo: “No sé cómo decírtelo, ¡pero es así!”. El sofista le insistía para que le diera una explicación. Pero el anciano, no encontrando cómo exponerle la cuestión, se puso a decir con santa simplicidad: “¡No me atormentes!; yo sé muy bien que es así”. Viendo que el anciano no sabía qué responder le dije¹⁰⁹: “¿No es acaso como sucede en la sofística y en la medicina? Cuando conocemos bien esas artes y las ponemos en práctica, vamos adquiriendo, poco a poco, por ese ejercicio mismo, una suerte de ‘*habitus*’ de médico o de sofista. Nadie podría decir ni sabría explicar cómo le vino ese ‘*habitus*’.

¹⁰⁷ PG 78,1701 A, añade un epílogo propio: “Por tanto, luchemos, hermanos, también nosotros para imitar y emular las palabras de los santos Padres. Así podremos dar frutos y alcanzar los bienes eternos. En Jesucristo, nuestro Señor, a quien sean la gloria y el poder con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén”.

¹⁰⁸ Doroteo de Gaza, *Conferencias*, 2,36 (SCh 92, pp. 200-202; trad., p. 92).

¹⁰⁹ Es Doroteo quien habla.

Como dije, poco a poco e inconscientemente, el alma lo adquiere por el ejercicio de su arte. Lo mismo podemos pensar acerca de la humildad: de la práctica de los mandamientos nace una disposición de humildad, que no se puede explicar con palabras”. Al escuchar esto, abba Zósima se llenó de alegría y me abrazó diciendo: “Has encontrado la explicación. Es como tú lo has dicho”. En tanto el sofista quedó satisfecho y admitió también el razonamiento».

*B. Una palabra de Zósima citada por Doroteo*¹¹⁰

Abba Zósima decía: “Aunque el diablo y todos los demonios pongan en acción todas sus maquinaciones perversas, todos sus artificios resultan inútiles y son aniquilados por la humildad del mandamiento de Cristo”¹¹¹.

¹¹⁰ Doroteo de Gaza, *Conferencias*, 8,94 (SCh 92, p. 318; trad., p. 148).

¹¹¹ Cf. CAG Daniel 3 (PG 65,156 A): «Dijo *abba* Daniel: “Había en Babilonia una hija de un notable que estaba poseída por un demonio. El padre tenía gran afecto por un monje, el cual le dijo: ‘Nadie puede curar a tu hija sino los solitarios que yo conozco, pero si les pides a ellos no aceptarán hacerlo, por humildad. Hagamos más bien esto: cuando vengan a la plaza, haz como los que desean comprar sus canastos, y cuando se presenten para recibir su precio les diremos que hagan oración, y confío que sanará’. Saliendo pues a la plaza encontraron a uno de los discípulos de los ancianos que estaba sentado vendiendo sus canastos, y lo llevaron con sus canastos como para recibir su precio. Cuando el monje llegó a la casa, salió la endemoniada y le dio una bofetada. Él le ofreció la otra mejilla, según el mandamiento del Señor (cf. Mt 5,39), y el demonio, dolorido, gritó: ‘¡Oh violencia! ¡El mandato del Señor me expulsa!’. Quedó en seguida limpia la mujer. Cuando llegaron los ancianos les anunciaron lo sucedido. Ellos glorificaron a Dios y decían: ‘Es normal que la soberbia del diablo caiga por la humildad del mandamiento de Cristo’» (trad. cit., p. 64).